

Visiones y revelaciones completas de la venerable Ana Catalina Emmerick



Tomo VI

Desde la segunda fiesta de los tabernáculos hasta la primera conversión de la Magdalena

La vida de Jesucristo y de su madre Santísima

**(Desde la segunda fiesta de los
tabernáculos hasta la primera
conversión de la Magdalena)**

Según las visiones de la venerable Ana
Catalina Emmerick

Publicado por la Asociación para la difusión de los
relatos de A.C. Emmerick.

(www.anacatalinaemmerick.com)

EPOCA QUINTA

**Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos
hasta la primera conversión de la Magdalena**

I

Jesús en Ainón. María de Suphan

Desde Jogbeha fué Jesús, a través de Sukkoth, hasta Ainón. El camino desde Sukkoth era como de una hora por una hermosa comarca animada por el paso de las caravanas que iban al bautismo de Sukkoth. Todo estaba lleno de largas hileras de chozas de palmas y plantas, en las cuales estaban las gentes ocupadas en arreglos, porque con la conclusión del Sábado comenzaban ya las fiestas de los Tabernáculos. Jesús enseñaba en diversos lugares de este camino. Delante de Ainón había una hermosa tienda de campaña preparada por María de Suphan, para hacer un honroso recibimiento a Jesús. Estaban allí presentes los principales de la ciudad, los sacerdotes y María de Suphan con sus hijos y sus amigas. Los hombres lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, y les presentaron una bebida y un alimento más delicado que el de costumbre. Los hijos de la Sufanitis estaban con los otros ocupados en servir a Jesús y las mujeres se echaron, velados sus rostros, delante de Jesús. Él saludó a todos cariñosamente y los bendijo. María lloraba, siempre llena de contento y de agradecimiento, e invitó a Jesús a entrar en su casa. Cuando Jesús entró en la ciudad, los hijos de la Sufanitis, dos niñas y un niño, con otros niños, llevaban grandes cintas atando hermosas flores y procediendo unos delante de otros, en fila, y algunos junto a Jesús. Éste entró en el patio de la casa de María con otros discípulos y se detuvo debajo de una enramada. María se echó de nuevo a sus pies, llena de agradecimiento y con lágrimas de alegría, y lo mismo hicieron sus hijos a los cuales Jesús besó amablemente. Contó María que Dina la Samaritana había estado allí y que el hombre con el cual había vivido hasta entonces se había bautizado. La Sufanitis conocía a este hombre, pues su marido había vivido en Damasco con sus tres hijos legítimos. Habían hablado mucho de Jesús y alabado su bondad. Estaba llena de contento y enseñó a Jesús muchas preciosas vestiduras sacerdotales y una mitra muy costosa que había hecho para el templo. Era muy diestra en estos trabajos y era rica y de muchos bienes, que empleaba en estas obras. Jesús se mostró lleno de bondad con ella y le habló de su marido: de que convenía volviera a él,

porque allí podría hacer mucho bien y que a sus hijos ilegítimos procurase colocarlos bien en alguna parte conveniente. Le dijo enviase primero un mensaje a su marido, llamándolo.

Desde aquí Jesús se dirigió al lugar de los bautismos y desde una cátedra enseñó a los oyentes. Habían llegado a esta fiesta del Sábado, Lázaro, José de Arimatea, Verónica, los hijos de Simeón y otros discípulos de Jerusalén. Estaban también Andrés, Juan y otros discípulos de Juan. Santiago el Menor no estaba. El Bautista había enviado mensajeros a Jesús diciéndole que fuera a Jerusalén y dijera claramente a todo el mundo quién era Él. El Bautista está como impaciente y angustiado de no poder él mismo decir a todo el mundo quien es Jesús: tal es su ansia de hacer conocer al Mesías.

Cuando comenzó el Sábado enseñó Jesús en la sinagoga acerca de la creación del mundo, de las aguas, del primer pecado, y, claramente, del Mesías. Y sobre las palabras de Isaías (42-5-43) habló admirablemente, y con claridad sobre su persona, y del pueblo. Después del Sábado hubo una comida en una sala de festines que había ordenado y costado María de Suphan. Toda la casa como asimismo las mesas estaban adornadas de plantas, flores y lámparas, y había muchos comensales y también algunos de los que el mismo Jesús había sanado de sus enfermedades. Las mujeres tomaron parte en la comida en la sala, dividida por unos tabiques. La Sufanitis llegó en medio de la comida y, entrando con sus hijos, depositó hierbas muy costosas y perfumes sobre la mesa y derramó perfumes sobre la cabeza de Jesús y se echó luego a sus pies. Jesús se mostró muy amable y contó parábolas. Ninguno de los presentes reprochó la acción de la mujer: todos la querían bien a causa de la mucha caridad que tenía a los pobres. Jesús sanó en la mañana a muchos enfermos, enseñó en la sinagoga y en lugares públicos, donde se juntaron los paganos que habían recibido el bautismo y otros que iban para recibirlo a Ainón. En estos lugares y con los paganos habló del hijo pródigo, de tal manera, que Él parecía el padre de ese hijo. Decía con fuerza y viveza, levantando los brazos: "Mirad, allí viene de vuelta... hemos de prepararle una fiesta...". Contó todo esto con tanta naturalidad que las gentes miraban a una y otra parte cual si esperasen ver volver al hijo pródigo. Cuando llegó al punto de la ternera que debía matarse para festejar al hijo pródigo, dijo cosas misteriosas, más o menos como éstas: "Qué amor el del Padre celestial que, para salvar al hijo perdido, entrega a su propio Hijo como

víctima". La enseñanza era especialmente sobre la penitencia, y sobre los bautizados y los paganos que volvían como hijos pródigos.

Todos los oyentes estaban llenos de alegría y de amor de unos a otros. Tuvo esta predicación mucho fruto en la fiesta de los Tabernáculos, pues fueron los paganos mejor tratados y recibidos amigablemente. Cuando Jesús por la tarde caminaba con sus discípulos y mucha gente a orillas del Jordán, donde había tantas y hermosas flores y plantas y verdor, todos hablaban del hijo pródigo, y se mostraban contentos y llenos de consideración los unos para con los otros.

II

La fiesta de los Tabernáculos

Se hizo la conclusión del Sábado antes de lo acostumbrado. Jesús enseñó y luego sanó a muchos enfermos. Después todos se dirigieron fuera de la ciudad, aunque aún se podía considerar parte de la misma, pues todo estaba lleno de jardines, parques y lugares de recreo. Había allí una gran fiesta en tres hileras de chozas y pabellones, adornados con plantas, árboles, flores y toda clase de figuras, cintas y muchas lámparas. En las hileras del medio estaba sentado Jesús con sus discípulos, los sacerdote y los principales de la ciudad, en diversos grupos; en las hileras de los lados, en una estaban las mujeres y en otra los niños de la escuela, divididos entre niños y niñas, y en tres grupos, y en cada uno de ellos sentados los maestros; estaban allí los alumnos de toda la comarca. Cada grupo tenía sus cantores. Estos mismos alumnos, adornados con coronas y guirnaldas de flores, pasaban de mesa en mesa tocando músicas con sus flautas, arpas, címbalos y campanillas, y cantando al son de sus instrumentos.

He visto que los hombres tenían en sus manos ramas de palmas donde había pequeños brotes, y mimbres y sauces con hojas delgadas y ramas de un árbol que entre nosotros se cultiva en tarros: el mirto. En la otra mano tenían las hermosas manzanas de Esrog. Movían estas ramas y cantaban al mismo tiempo. Hacían esto al principio, a la mitad de la fiesta y a la conclusión. Esta planta no crece en la Palestina, sino que viene de otros países más calurosos. Se ve en algunas regiones cálidas de Palestina, pero no se desarrolla con fuerza. Ellos la recibían

de las caravanas que venían de países más cálidos. Es una fruta amarilla como un melón pequeño: tiene arriba una pequeña corona y es plana, con nerviaciones. En el medio la fruta está cruzada por líneas coloradas y dentro hay cinco pequeñas semillas juntas y apretadas, pero sin recipiente de semilla. El tallo es algo doblado y la flor, blanca, en forma de una rama, como entre nosotros la lila. Las ramas se inclinan hacia la tierra por el peso de las hojas gruesas y echan raíces en el suelo, dando origen a nuevos árboles, de modo que forman enramadas; los frutos están entre las hojas.

También los paganos tuvieron parte en esta fiesta: tenían sus chozas, y los paganos bautizados, muy cerca de las de los judíos. Fueron tratados amigablemente por los judíos. Todo estaba aún lleno de las impresiones sobre la parábola del hijo pródigo. La comida duró hasta muy entrada la noche. Jesús iba y venía por las mesas enseñando y exhortando, y donde veía que faltaba algo lo hacía traer por sus discípulos. Era un movimiento indecible y alegre en toda la comarca, interrumpido por la oración y el canto. Ahora todo el contorno está ardiendo de luces, y los techos y azoteas de Ainón se ven llenos de tiendas, porque las gentes dormían sobre las azoteas. En las chozas en torno de la ciudad dormían los guardianes de estos lugares y otras personas de servicio cuando se terminaban los festejos y se retiraban a descansar.

III

Las confesiones judaicas

Desde Ainón fué Jesús a la vecina Sukkoth acompañado por los discípulos y mucha gente; la mayor parte del camino estaba cubierto de chozas y de tiendas de campaña, porque muchos de los contornos celebraban la fiesta, y las caravanas que solían pasar por este lado ahora estaban silenciosas por tal motivo. Todo el camino parecía un lugar de esparcimiento. Había allí sitios con recipientes, bajo arboledas, donde se podía comprar cosas de comer. Jesús empleó varias horas en hacer este camino, porque en todas partes era saludado y se detenía para enseñar; de modo que recién pudo llegar al anochecer a la sinagoga de Sukkoth. Esta ciudad está en la orilla norte del río Jabok y se presenta hermosa con una linda sinagoga. Aquí se celebraba otra fiesta además de la de los Tabernáculos: la reconciliación

de Esaú con Jacob. Todo el día duraron estos festejos, y habían concurrido gentes de toda la comarca. En Ainón habían estado muchos alumnos huérfanos de la escuela de Abelmehola, y éstos llegaron hoy también a Sukkoth. Era precisamente el día aniversario de la reconciliación de Jacob con Esaú, según la tradición de los judíos. La sinagoga, que era la mejor de cuantas yo había visto hasta ahora, estaba adornada con guirnaldas de flores, hojas, coronas e innumerables lámparas. Tiene ocho columnas y es muy alta. A ambos lados del edificio hay corredores que llevan a largos departamentos donde están las habitaciones de los levitas y las aulas escolares. Una parte de la sinagoga se halla más levantada, y hacia el medio, adelante, hay una columna adornada con cajones donde se guardan los rollos de las Escrituras; detrás hay una mesa y por medio de una cortina corrediza se forma un lugar aparte. Hay una serie de asientos para los sacerdotes y en el centro un lugar más levantado para el maestro. Detrás de este asiento hay un altar de incienso, sobre el cual se ve una abertura, y detrás del altar, al final del edificio, hay mesas donde se depositan las ofrendas. En el medio de la sinagoga están los hombres, según sus categorías, y a la izquierda, algo levantado, el lugar con rejas para las mujeres, mientras a la derecha están los niños de las escuelas, divididos por sexos y clases.

Era hoy un día de reconciliación con Dios y con los hombres. Hubo una confesión de los pecados, que se hacía en público o en privado como cada uno quisiera. Todos desfilaban en torno del altar de los inciensos y ofrecían sus dones como perdón, recibían una penitencia y hacían votos particulares. Todo recordaba nuestra confesión de los pecados. El sacerdote enseñaba sobre Jacob y Esaú, que en el día de hoy se reconciliaron con Dios y entre ellos, y también como Labán y Jacob se amigaron y ofrecieron sacrificios; y luego los exhortaba a la penitencia. Muchos de los presentes estaban preparados de antemano por la predicación de Juan, y por haber oído a Jesús días antes, y esperaban esta festividad para hacer su confesión. Los hombres que se sentían culpables pasaban por las rejas, junto al atril de la ley y detrás del altar y deponían sus ofrendas que eran recibidas por un sacerdote. Después se presentaban delante del sacerdote, detrás del armario de la ley y allí confesaban públicamente sus pecados, o pedían a uno de los sacerdotes que ellos querían. Iba con ese sacerdote, detrás de la cortina, junto a la mesa, confesaba allí secretamente sus pecados, y el sacerdote

le imponía una penitencia. Se ofrecía incienso sobre el altar, y según veían que iba el humo del incienso hacia afuera, creían los penitentes que sus pecados eran perdonados, o no lo eran según su contrición y arrepentimiento. Mientras se hacía esto, los demás judíos oraban y cantaban. Los penitentes decían también una fórmula de credo sobre la ley, de su perseverancia en Israel y su fidelidad al templo y al Santuario. Se echaban por tierra, y, con lágrimas muchas veces, confesaban sus pecados. Las mujeres venían después de los hombres; sus ofrendas eran recibidas y luego llamaban a un sacerdote que, a través de una rejilla, las confesaba. Las acusaciones eran sobre la no observancia de las prescripciones mosaicas y sobre los pecados contra los diez Mandamientos. He visto también que tenían una costumbre algo extraña en sus confesiones, que ahora no puedo expresar debidamente. Se acusaban de los pecados de sus antepasados y hablaban de un alma pecadora que habían recibido de ellos y de un alma santificada que recibieran de Dios y era el todo como si hablaron en realidad de dos almas. A los maestros les he oído explicar esto en una forma como si dijese que sus almas pecadoras no permanecen en nosotros, y permanece el alma santa. Era una doctrina a través de almas que están dentro y que salen afuera, de una pecadora y de otra santa, que ahora no puedo explicar debidamente. Jesús enseñó luego en otra forma, diciendo que el alma, antes pecadora, no debía ya permanecer en nosotros sino santificada. Dijo en esta ocasión que Él debía satisfacer por todas las almas. Al confesarse y decir los pecados de sus antepasados creían y confesaban que todos los males les venían por causa de los pecados antiguos y de ahora y que por los pecados de sus antepasados estaban ellos también en la costumbre mala de pecar. Jesús llegó un poco tarde, cuando la función del perdón había ya comenzado; fué recibido delante de la sinagoga y permaneció algún tiempo a un lado, mientras otro predicaba, mezclado entre los sacerdotes y doctores. Eran como las cinco de la tarde cuando llegó. Las ofrendas de los penitentes consistían en toda clase de frutos, en monedas, retazos de telas para las vestiduras sacerdotales, borlas de seda, franjas, fajas y especialmente esencias para incensar.

IV

Conversión de una adúltera

Hubo en este momento una escena conmovedora. Mientras se desarrollaba el acto de la confesión y arrepentimiento de los penitentes que ofrecían sus ofrendas, he visto a una señora distinguida que estaba primeramente en un asiento a través de la reja, en lugar reservado para ella; pero estaba inquieta y ansiosa. Tenía cerca a su criada y un canasto con sus ofrendas, que había depositado en un escabel. Ya no podía esperar más su turno y no le era posible ocultar su dolor y deseo de ser perdonada; así se adelantó con su criada y con sus dones, y, velada, se introdujo en un lugar donde estaba el sacerdote y no era permitido a las mujeres entrar. Los guardianes quisieron hacerla retroceder; pero la criada no se dejó intimidar y avanzó, clamando: "Sitio... Haced sitio para la señora que quiere ofrecer, quiere confesar... Haced lugar, porque quiere purificar su alma". Con estas palabras se adelantó la mujer adonde estaban los sacerdotes, llena de ansiedad y de contrición, y allí delante de los sacerdotes pidió perdón y reconciliación. Ellos la quisieron alejar, diciendo que no correspondía allegarse hasta allí; pero un joven sacerdote la tomó de la mano y dijo: "Yo quiero reconciliarte. Si tu cuerpo no corresponde estar aquí, tu alma tiene derecho de estar, porque estás arrepentida". Esto diciendo se dirigió con ella a Jesús, y le dijo: "Rabbí, juzga Tú". Entonces la mujer se echó de rodillas, sobre su rostro, delante de Jesús, y Él dijo: "Sí, su alma tiene su lugar aquí; dejadla hacer penitencia". El sacerdote se retiró con ella a la celda. Cuando salió se volvió a echar en tierra y, llena de lágrimas, dijo: "Tocadme con vuestros pies, pues soy una adúltera". Los sacerdotes la tocaron entonces con sus pies. Se llamó después a su marido, que nada sabía de esto, el cual quedó muy conmovido cuando oyó a Jesús hablando desde el sitio donde enseñaba. Lloraba el hombre, y su mujer, cubierta con el velo, se echó a sus pies y confesó su culpa entre lágrimas: parecía más muerta que viva de dolor. Jesús se volvió a ella y le dijo: "Tus pecados te son perdonados. Levántate, oh hija de Dios". El hombre estaba muy conmovido y le dió su mano. Entonces las manos de la mujer, con el velo, y las manos del hombre, con la estola que llevaba al cuello, fueron enlazadas, y después de una bendición, se soltaron: esta ceremonia era como un nuevo casamiento.

La mujer, después de su reconciliación, estaba como fuera de sí por la emoción y llena de alegría. Antes de ofrecer incienso había pedido a los presentes: "Rogad, rogad por mi Ofreced, sacrificad, quemad incienso para que mis pecados me sean perdonados". Luego dijo palabras de los salmos y preces, y fué por los sacerdotes llevada a su anterior lugar. La ofrenda de esta mujer consistió en muchos preciosos frutos que habían figurado en las fiestas de los Tabernáculos; estaban colocados artísticamente y de modo que no se dañaban unos a otros. Ofreció también bordados, borlas de seda y flecos para las vestiduras de los sacerdotes. Hizo quemar varios trajes de seda que habían sido ocasión de sus extravíos con el amante. Era esta una mujer fuerte, de elevada estatura, hermosa, de un carácter y temperamento ardiente y vivaz. Por causa de su gran dolor y de su voluntaria confesión se le perdonó su pecado y su marido se reconcilió de corazón con ella. No había tenido hijos fuera del matrimonio. Ella misma había roto relaciones voluntariamente con el amante y lo llevó también al arrepentimiento. No tuvo que nombrarlo delante de los sacerdotes y su marido tampoco debía saber quién era. Le fué prohibido al hombre preguntar su nombre y a ella el revelarlo. El marido era piadoso de corazón y olvidó todo el pasado. El pueblo no había podido enterarse de su culpa y sólo oyó su petición de oraciones y vió cuando avanzaba hacia los sacerdotes, y entendió que algo notable estaba pasando. Todos oraban y se alegraron de la penitencia de esta mujer. La gente del lugar era muy buena, como en general lo eran estos habitantes del lado oriental del Jordán. Tenían mucho, en su modo de vivir, de los antiguos patriarcas. Jesús enseñó en forma tierna y conmovedora. Recuerdo que Jesús les habló de los pecados de sus antepasados y de la parte que tenían ellos en los mismos, y corrigió algunas de sus creencias sobre esto. Dijo: "Vuestros padres comieron granos de uva y a vosotros os han quedado los dientes obtusos"

Los maestros eran preguntados acerca de las faltas de sus alumnos, y éstos eran luego exhortados a mejorar. Si ellos mismos las confesaban y se arrepentían, les eran perdonadas estas faltas.

Habían acudido muchos enfermos, que estaban delante de la sinagoga, y aunque no era costumbre sacarlos en las fiestas de los Tabernáculos, con todo Jesús los hizo colocar por los discípulos entre la sinagoga y las habitaciones de los maestros; y al final de la fiesta pasó por esos corredores y sanó a muchos

enfermos. La sinagoga estaba iluminada por innumerables lámparas. Cuando Jesús entró en este corredor, mandó la mujer convertida un mensajero pidiendo hablar con Jesús. Jesús fué y se apartó a un lado con ella. La mujer se echó a sus pies y dijo: "Señor Maestro; el hombre que pecó conmigo pide que lo perdones y reconcilies". Jesús dijo a la mujer que después de la comida llamase al hombre para hablarle.

Después de haber sanado a estos enfermos hubo una comida en un lugar abierto. Jesús, los discípulos, los levitas y los principales de la ciudad estaban sentados en una hermosa glorieta y los demás en otras que había en los alrededores. Los pobres recibieron una buena parte: cada uno les llevaba algo de lo mejor que tenía sobre la mesa. Jesús iba de una mesa a otra y fué también a la mesa de las mujeres. La convertida estaba sobremanera contenta y las demás le auguraban felicidad de todo corazón. Cuando vió que Jesús iba así, de una mesa a otra, ella estaba inquieta pensando que no habría ocasión de ver a su hombre que quería reconciliarse, recibir la penitencia y darle el perdón. Sabía que el hombre ya estaba esperando en el lugar fijado. Mientras así estaba inquieta se acercó Jesús y le dijo que estuviese en paz, que sabía el motivo de su inquietud y que todo se haría a su debido tiempo. Cuando después de la comida todos se retiraron Jesús fué a su vivienda, junto a la sinagoga. El hombre, que esperaba allí, se echó a los pies de Jesús y confesó su pecado. Jesús lo exhortó a no pecar más y le impuso una penitencia. Debía, por algún tiempo, dar algo a los sacerdotes para una obra buena; no había ofrecido nada en público y se mantuvo con lágrimas de arrepentimiento y de dolor oculamente.

Cuando Jesús volvió de Sukkoth de nuevo a Ainón, enseñó allí en el sitio designado para los bautismos, sanó algunos enfermos y se dirigió adonde estaban los paganos. Fueron bautizados aquí algunos hombres. Había el mismo procedimiento que había tenido Juan en su tiempo, junto al Jordán; estaba aún la tienda y la piedra del bautismo. Los bautizandos se apoyaban a una baranda e inclinaban la cabeza sobre la piedra. Jesús recibió la confesión de muchos de ellos y decía las palabras de perdón. También había dado la potestad de perdonar a algunos discípulos de los más antiguos, como a Andrés. Juan Evangelista no bautizaba ahora: hacía de testigo y de padrino. Antes de abandonar Jesús a Ainón habló todavía con María de Suphan en su casa y la exhortó. Esta mujer está completamente cam-

biada en su interior; está llena de amor, de celo, de humildad y de agradecimiento, y se ocupa sólo de los pobres y de los enfermos. Jesús había enviado, cuando iba de Ramoth a Basán, después de su curación, a un discípulo a Betania para avisar a las santas mujeres la conversión de la Sufanitis. Verónica, Juana Chusa y Marta ya habían estado con ella aquí mismo. Jesús recibió ricos regalos de la Sufanitis y de otras personas antes de su partida de la ciudad: todo fué reunido en un montón y se distribuyó a los pobres. Por el lugar donde debía pasar para salir de la ciudad se habían levantado glorietas y enramadas. Todos saludaban y bendecían a Jesús y los niños le presentaban guirnaldas y ramos de flores. Lo mismo hacían las mujeres. Era ésta una costumbre en las fiestas de los Tabernáculos. Le acompañaron muchas personas de Ainón. El camino iba por dos horas de este lado del Jordán al Sur; luego, a través del Jordán, al Occidente, por una media hora; y luego al Sur hacia la ciudad de Akrabis, escondida en un barranco de la montaña.

V

Jesús en Akrabis y en Silo

Jesús fué recibido solemnemente delante de Akrabis, pues ya sabían que debía llegar. Las chozas y tabernáculos estaban levantados en torno de la ciudad y en una de ellas, grande y hermosa, fué recibido Jesús, se le lavó los pies, como también a sus discípulos y se les dió algo de comer y beber. Akrabis es una ciudad bastante importante, como a dos horas del Jordán: tiene cinco puertas y pasa por medio de la ciudad el camino que conduce a Jericó. Todos los que viajan de aquí para allá deben pasar por la ciudad, donde hay almacenes de víveres. Delante de la puerta por donde entró Jesús hay albergues para las caravanas de los mercaderes. Delante de las cinco puertas habían instalado chozas y tabernáculos, de modo que cada parte de la ciudad tenía sus chozas más cercanas a la puerta de ingreso.

Jesús caminó al día siguiente en torno de la ciudad, visitando las chozas levantadas y enseñando. Los pobladores tenían costumbres especiales: por ejemplo, comían por la mañana alguna cosa y dejaban aparte una porción para los pobres. Sus trabajos durante el día eran interrumpidos por oraciones y cantos, y los jefes del pueblo les hacían exhortaciones. Ahora era Jesús quien hacía estos sermones. En el trayecto de ir y volver

por diversos lugares, le acompañaban los niños y las niñas con guirnaldas de flores. Era una costumbre allí, porque he visto que con estas guirnaldas y flores también iban y venían unos grupos de habitantes al lugar de otros, ya para tomar parte en los sermones, ya para participar en las comidas. Las mujeres andaban ocupadas en trabajos de las fiestas de los Tabernáculos: estaban sentadas en las chozas y trabajaban telas, bandas con inscripciones, bordando flores y adornos; otras fabricaban suelas y sandalias, tejiendo con pelos gruesos de camellos y de cabras. Tenían el género sujeto a la cintura cuando hacían estos trabajos de punto. He visto que debajo de las suelas, atrás y adelante, ponían unos resaltos a puntas para poder subir mejor por las montañas. El pueblo recibió a Jesús muy bien; pero los maestros no eran tan cordiales como los de Ainón y Sukkoth; se mostraban corteses, pero bastantes reservados.

Desde Akrabis se dirigió Jesús a la ciudad de Silo, a sólo una hora al Sudoeste, en línea recta; pero como hay que caminar primero en un valle profundo y después subir a la montaña, el camino se prolonga una hora más. También en Silo las gentes moraban en las chozas en torno de la ciudad. Como sabían de la venida de Jesús, lo esperaban en la puerta. Lo vieron bajar con sus acompañantes desde la montaña, y como no venía de la puerta de Akrabis, sino como desviado en dirección a la puerta de Samaría, se apresuraron a anunciar su venida. Le recibieron en las chozas, le lavaron los pies y le dieron alimento. En seguida Jesús se dirigió a lo alto, donde estuvo un día el fundamento de la ciudad, enseñó al aire libre, sentado en un sitial de piedra. Arriba habían levantado chozas en los lugares libres y se cocinaba en común: eran hombres los que preparaban la comida, y no me parecieron judíos sino siervos o quizás esclavos. Al día siguiente hubo un festejo dentro de la fiesta general: no podría decir si era sólo propio de este lugar. En esta ocasión podía un maestro reprochar al pueblo y a los demás sus defectos y vicios, sin que fuera permitido contradecirle. Jesús había venido precisamente para esta ocasión. Todos los judíos, hombres, mujeres, jóvenes, doncellas y niños venían a las chozas en procesión, con guirnaldas, divididos en clases, sexos y condición. Se había adornado el sitial con guirnaldas, arcos de plantas y flores, cubierto para defenderlo del sol y se había hecho como una terraza en torno.

Jesús enseñó hasta la tarde. Habló de todas las misericordias de Dios para con su pueblo, de la ingratitud y pecados del

pueblo, de los castigos sobre Jerusalén, de la destrucción del templo, y de la última hora de la gracia que no querían recibir, que después de esta gracia despreciada no tendrían ya otra, como pueblo, hasta los postreros días, y que sobre Jerusalén vendría una destrucción mucho más grande que las anteriores. Era una enseñanza de tono temible y aterradora. Todos escuchaban silenciosos y espantados, pues Jesús dijo bastante claro que era Él quien traía la salud, porque explicó las profecías, aplicándolas a este tiempo y a su Persona. Los fariseos de aquí, que no valían gran cosa, y que como los de Akribis le habían recibido costésmente sólo en lo exterior, estaban callados y admirados, pero irritados en su interior, mientras el pueblo estaba conmovido, y alababa a Jesús. Habló también de los escribas que desvirtuaban las Escrituras con sus interpretaciones falsas y sus añadiduras. Por la tarde hubo una comida en las chozas de arriba, pero Jesús bajó a las del pueblo, en la llanura, y allí consoló y exhortó. En este lugar, como los fariseos no estaban presentes para espiar, vinieron muchas gentes a Jesús, se echaban a sus pies, le honraban, exponían sus necesidades y confesaban sus culpas y pecados. Jesús consolaba a todos y daba consejos. Era un cuadro conmovedor ver todo esto entre las lámparas que brillaban en la noche. Estas lámparas estaban cubiertas contra el viento, pero el resplandor amarillo de las luces se reflejaba tenuamente dentro y fuera de las chozas y sobre el verdor del suelo, los frutos y las personas. Era un espectáculo sumamente bello. Desde las alturas de Silo se podían ver los alrededores iluminados por las luces de las fiestas y se oían los cantos de las chozas cercanas y de las más alejadas. Jesús no sanó aquí a los enfermos, porque los fariseos los alejaban, y el pueblo temía a los fariseos. Tanto en Akribis como en Silo la consigna de los fariseos era: “¿Qué quiere de nuevo este hombre aquí? ¿Qué novedad nos trae ahora? ¿Qué piensa hacer aquí?...”.

VI

Jesús en Korea

Desde Silo se dirigió Jesús por el Sudeste, camino de media hora, a la ciudad de Korea, que se puede ver desde Silo. Esta ciudad no tenía muros ni fosos alrededor. Salieron al encuentro de Jesús los fariseos de Korea trayendo a un ciego de naci-

miento, ya hombre, con el cual pensaban tentar a Jesús. Este ciego tenía sobre sus vestidos, desde los hombros, un amplio género, que cubría también su cabeza. Era un hombre bien formado y esbelto. Cuando Jesús se acercó, el ciego dirigió su cabeza hacia Él, de lo cual todos se maravillaron; de pronto se echó a los pies de Jesús. Jesús lo levantó y le preguntó sobre su religión, los mandamientos de Dios y las profecías. El ciego habló cuerdamente de todas estas cosas, contra lo que era de esperarse: parecía que por boca de él se profetizaba algo. Habló de las persecuciones que se tramaban contra Jesús; que no convenía aún ir a Jerusalén, porque allí se tramaba contra su vida. Los presentes estaban consternados. Se había reunido mucha gente. Jesús le preguntó si deseaba ver las chozas de Israel, las montañas, el Jordán, a sus parientes y amigos, el templo, la ciudad santa, y a Él, Jesús, que estaba delante de él. El ciego dijo que él lo veía, veía sus vestidos, describiéndolos, y su rostro, y dijo que empezó a verlo desde que Jesús se acercó allí. Añadió que deseaba ver todo eso, y que sabía que Jesús podía hacerlo, si lo quería. Jesús puso entonces su mano sobre su frente, oró y le hizo una cruz sobre sus ojos ciegos y elevó sus párpados hacia arriba. Entonces dejó el ciego su amplio manto, miró, maravillado, a todos lados, lleno de contento, y exclamó: "Grandes son las obras del Todopoderoso". Luego se echó a los pies de Jesús, que lo bendijo.

Los fariseos quedaron silenciosos, mientras los parientes tomaron al hombre en medio de ellos y muchos de los presentes entonaron cánticos de alegría y salmos con el ciego, que alababa a Dios hablando y cantando en modo profético sobre Jesús y el cumplimiento de las profecías. Jesús entró luego en la ciudad y sanó allí a muchos enfermos y a otros ciegos que vivían en las casas y en los alrededores de la ciudad. Delante de la ciudad, en las chozas, le fueron lavados los pies y le dieron una refección y una bebida. El ciego habló a lo largo del camino por donde había venido Jesús, siempre en tono profético, del Jordán, del Espíritu Santo que había descendido sobre Él y de la voz que se había oído desde lo alto del cielo. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, por la entrada del Sábado, sobre la descendencia de Noé, la fabricación del arca, la vocación de Abrahán y varios pasajes de Isaías que recuerdan la alianza de Dios con Noé y del arco iris (Isaías, 54-55). En esta ocasión he visto en cuadros todo lo que Jesús decía: la vida de los patriarcas y su descendencia, y de las ramas que se apartaban de ellos, y cómo

vino la idolatría por ellos. Cuando veía estas cosas, todo me parecía claro y manifiesto; pero cuando vuelvo de las visiones a la vida natural me entristecen estas aberraciones de la idolatría, y ya no las puedo contar ordenadamente. Jesús habló también de la mala interpretación de la Escritura y del falso cálculo del tiempo. Él mismo calculó cómo se debía y dijo que todo estaba bien como aparecía en la Escritura. Yo no puedo comprender cómo se introdujo tanta confusión en todas estas cosas y se olvidó lo que debía ser.

Una parte de la ciudad de Korea está situada arriba, en la montaña, como sobre una terraza; la otra parte está metida en un barranco al Este y unida entre si por una estrecha serie de casas. De Silo han venido aquí muchos fariseos y enfermos. Aunque Korea está más al Oeste de Akrabis, con todo está más cerca del Jordán, pues el río tuerce hacia la ciudad. Ésta no es grande y los habitantes viven pobremente. Se ocupan de tejer canastos, divisiones de esteras, algunas más finas y otras más groseras. Este junco lo eligen y lo trabajan para estas obras. He visto que hacían grandes divisiones de esteras para separar dormitorios. Veo por aquí otros pequeños pueblos. Las montañas son empinadas y barrancosas. Enfrente de Akrabis, al otro lado del Jordán, está la región por donde anduvo Jesús el año pasado con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos cuando recorrió un valle hacia Dibón. Jesús enseñó por la mañana en la sinagoga y mientras los judíos hacían su camino de Sábado, sanó a muchos enfermos traídos a una sala cercana. Después de la conclusión del Sábado tuvo, durante la comida, una disputa con los fariseos. Se refería a las palabras proféticas del ciego. Decían que había profetizado algunas cosas que no se habían cumplido. Jesús les dijo que entonces no tenía el espíritu de Dios. Hablando así vinieron a tratar de Ezequiel, como si él tampoco hubiese profetizado bien sobre Jerusalén. Jesús les respondió que el espíritu de Dios vino al profeta recién a la orilla del río Chobar, en Babilonia, cuando tuvo que tragar algo, y así cerró la boca a los fariseos.

Mientras tanto el ciego andaba por la ciudad alabando a Dios, cantando salmos y profetizando. Ya ayer mismo había entrado en la sinagoga, con una amplia faja, y había hecho el voto de nazareno ante un sacerdote. Creo que este hombre terminará por juntarse con los discípulos. Jesús estuvo también en casa de los padres del ciego, que le habían invitado. Son esenios, de esos que viven en matrimonio, parientes lejanos de

Zacarías, y tienen parte en las reuniones de los esenios en Maspha. Tenían otros hijos e hijas, y este ciego de nacimiento era el más joven. Viven en un lugar apartado de la ciudad, donde hay varias familias de esenios que poseen hermosas praderas en la ladera de la montaña y cultivan trigo y avena. De sus cosechas no guardan más que la tercera parte, pues una parte la reciben los pobres y la otra la comunidad de Maspha. Estos esenios vinieron gozosos al encuentro de Jesús y le recibieron con fiestas, delante de sus viviendas.

El padre del ciego entregó a Jesús a su hijo y le dijo que lo llevase para que fuera el último servidor de sus discípulos, para que vaya él delante y prepare el albergue para los demás. Jesús lo recibió y en seguida lo mandó con Silas y otro discípulo de Hebrón a la ciudad de Betania. Creo que quiere Jesús dar una alegría a su amigo Lázaro, enviándole a aquél a quien había conocido como ciego de nacimiento. El padre de este ciego se llamaba Syrus o Cyrus, como un rey del tiempo de la cautividad de los judíos. El nombre del ciego era Manahem. Había llevado siempre un cinturón sobre sus carnes, y ahora lo llevaba encima de sus vestidos después de haber hecho un voto por determinado tiempo. Tenía el don de la profecía; durante la predicación de Juan estaba siempre sentado y había recibido el bautismo. En Korea había reunido a muchos que le escuchaban y profetizaba hablando de Jesús. Sus padres lo querían mucho por su piedad y su celo, y estaba siempre decentemente vestido. Cuando Jesús lo sanó de su ceguera, díjole: "Te doy una doble vista: una exterior y otra interior". Ahora los fariseos lo trataban burlescamente, por causa de sus profecías, que calificaban de sueños de su fantasía y le echaban en cara que era vanidoso por sus buenos vestidos. Ellos mismos lo habían llevado ante Jesús, pareciéndole que nada podría hacer con él, pues nunca se le había visto posibilidad de que pudiera ver. Ahora, que estaba con vista, decían: "No estaba en realidad ciego; es un esenio y quizás había hecho un voto de aparecer ciego por algún tiempo". Los fariseos que disputaron con Jesús sobre Ezequiel no apreciaban a este profeta: decían que era un simple siervo de Jeremías y que en la escuela de los profetas había tenido sueños muy oscuros; que sus profecías no eran tales, puesto que habían sucedido las cosas muy otras de lo que él había dicho. Manahem habló también cosas profundas de Melquisedec, de Malaquías y de Jesús.

VII

Jesús en Ophra

A una hora de Korea, entre el Norte y el Oeste, en una hendidura de la montaña, se asienta el pueblo de Ophra; está a una hora de distancia de Silo, hacia el Sur. Desde Korea hay que bajar y luego subir. A una hora y media de Korea, hacia Occidente, está la montaña fortificada de Alexandrium, al borde del gran valle que desde Korea se extiende a la parte Norte del desierto a algunas horas de Bethoron, mirando hacia el monte Garizim. A través de este campo caminó María con frecuencia. Viven aquí muchos pastores dispersos y está cerca la ciudad de Bethel.

A través de Ophra corren tres caminos y muchas caravanas vienen de Hebrón. Toda la ciudad está llena de posadas y de casas de comercio y de cambios de mercaderías. Las gentes son algo interesadas y groseras. Los discípulos de Jesús habían estado el año pasado aquí y desde entonces habían mejorado algo. Cuando Jesús llegó, estaba la gente a ambos lados del camino ocupada en los trabajos de viña: cosechaban la uva, porque la tarde misma comenzaba una festividad. En las chozas ya no había gente; sólo he visto niños, jóvenes y doncellas que pasaban en procesión por las chozas llevando banderitas. Los sacerdotes estaban ocupados en arreglos; llevaban los rollos de las Escrituras y los objetos sagrados a la sinagoga, y sobre cada banco colocaban un rollo. He visto a las mujeres en sus casas sentadas y rezando en rollos de las Escrituras.

Los hombres vieron que Jesús venía; se acercaron a Él delante de la puerta y lo llevaron a la ciudad. Le lavaron los pies y tomó alimento en el albergue junto a la sinagoga. Luego entró en algunas casas, donde enseñó y sanó a los enfermos. Por la tarde he visto que en la escuela se llevaba el rollo de la ley y que cada uno tenía que leer algo; luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde había muchos corderos sobre la mesa. Había manzanas Esrog que se habían traído para la fiesta. Estas manzanas tenían una preparación: se partían en cinco partes y se volvían a atar con una cinta colorada formando un todo. Cinco personas comían de cada manzana. Los alimentos eran preparados por los llamados siervos del Sábado, una especie de esclavos que no eran judíos. Al día siguiente Jesús iba de casa en casa invitando a las gentes a asistir a la sinagoga para la

enseñanza y las exhortaba a no entregarse a la avaricia y al afán de dinero. Les decía una especie de felicitación y saludo de conclusión de fiesta. La gente era aquí de tan mala fama por su afán de lucro que se la tenía en el mismo concepto que a los publicanos. Habían mejorado algún tanto. Por la tarde fueron llevadas las ramas y plantas con que se habían hecho las chozas, y amontonadas por los niños y quemadas delante de la sinagoga. Los judíos miraban con curiosidad cómo subía el humo y las llamas, deduciendo de esto suerte o desdicha para el año. Jesús enseñó en la sinagoga, hablando de la felicidad de Adán en el paraíso, de su pecado y de la promesa de redención. También habló de Josué. Refirióse a la demasiada solicitud, diciendo que mirasen a los lirios del campo que no tejen y a los pájaros que no siembran. Recordó a Daniel y a Job, que describió como hombres llenos de negocios, pero piadosos y sin mundana solicitud. Jesús y sus discípulos no fueron recibidos aquí gratuitamente, sino que he visto que los discípulos pagaron el albergue.

Mientras estaba con los discípulos en ese albergue vino un hombre de Chipre que había estado con Juan en Macherus, a diez horas de camino de Ophra, adonde lo había llevado un siervo del centurión de Cafarnaum (Serobabel). Éste había sido enviado por un hombre principal de Chipre, que había oído muchas cosas de Jesús y de Juan, y quería cerciorarse de las cosas oídas por medio de este mensajero. Este hombre partió en seguida de Ophra, pues debía embarcarse en un buque que estaba a punto de partir. Era un pagano amable y muy humilde. El siervo del centurión lo había guiado, según su deseo, a ver a Juan en Macherus y luego a Ophra donde estaba Jesús. Jesús habló mucho tiempo con él y los discípulos tuvieron que escribirle en su presencia todo lo que Jesús decía y deseaba él saber. El antepasado de su señor es un descendiente de un rey de Chipre que había recibido a muchos judíos perseguidos y hasta dado albergue y comida en su mesa. Esta obra de caridad le trajo la gracia y el fruto del bien obrado, y por eso este pagano creyó en Jesús. En este momento tuve una visión: de cómo Jesús, después de la próxima fiesta de Pascua, pasaba por Tiro y Sidón, y se embarcaba para Chipre, donde debía enseñar.

VIII

Jesús en Salem y en Aruma

Desde Ophra caminó Jesús, entre Alexandrium y Lebona, por un valle, hacia la ciudad de Salem. Atravesó el bosque de Hareth llegando a la planicie de Salem. Delante de la ciudad había jardines y alamedas. El lugar es muy ameno. No es grande la población, pero muy limpia y ordenada, más que otras de los alrededores. Está edificada en forma de estrella, de modo que sus calles van a parar al centro, donde hay un pozo de agua. Se ven algunas ruinas. El pozo es para ellos sagrado, pues estuvo algún tiempo contaminado como el de Jericó. Eliseo lo sanó, como al de Jericó, echando sal y agua que había estado en contacto con el misterio del Santuario. Ahora se ve una hermosa techumbre edificada sobre el pozo. No lejos de él, también en medio de la ciudad, hay un castillo muy alto y yermo, con grandes ventanas vacías. Junto a él hay una torre redonda, muy gruesa, en cuyo techo plano hay una bandera al viento; a dos tercios de altura asoman, en los balcones, por los cuatro lados del edificio, cuatro grandes bolas de metal brillante que resplandecen a los rayos del sol. Cuelgan desde los tiempos de David, porque éste había estado aquí con Micol, y cuando tuvo que huir a la comarca de Gilead, su amigo Jonatás le hacía señales diversas con estas bolas luminosas colgándolas ya de un lado, ya de otro, ya de una manera, ya de otra, según se habían entendido de antemano para escapar a la persecución de Saúl.

Jesús fué recibido muy bien; la gente que encontraba junto a los montones de la cosecha lo acompañó hasta la ciudad y de allí salieron otros para recibirlo. Lo llevaron a Él y a sus discípulos a una casa donde les lavaron los pies, les acomodaron otras suelas y les dieron vestidos, mientras sacudían y espolvoreaban los suyos. A menudo tales vestidos se regalaban a ciertos viajeros; con todo, Jesús nunca los retuvo para sí: generalmente llevaba algún discípulo otro vestido de repuesto para Jesús. Luego le llevaron junto a su hermoso pozo donde les sirvieron alimento. Allí, y en las calles adyacentes, había muchísimos enfermos de todas clases. Jesús iba pasando de un enfermo a otro, y así estuvo ocupado hasta las cuatro de la tarde, en que tomó parte de una comida en el albergue y después enseñó en la sinagoga. Se presentó la oportunidad de hablar sobre Melquisedec y Malaquías, que estuvo algún tiempo

en este lugar y que profetizó sobre el sacrificio según el orden de Melquisedec. Jesús dijo que el tiempo había llegado, y que aquellos profetas se hubiesen considerado dichosos de ver y de oír lo que ellos ahora veían y oían. Los habitantes eran de mediana condición, es decir, ni ricos ni pobres, en general bien intencionados, y se querían unos a otros. También los maestros de la sinagoga eran bien intencionados; pero llegaban a menudo fariseos de otros lados que molestaban a los maestros y a la comunidad. La ciudad tenía ciertos derechos sobre distritos de los alrededores y sobre algunas poblaciones que le pertenecían. Jesús estaba a gusto aquí y animaba a la gente en sus buenas disposiciones.

Al día siguiente se dirigió Jesús hacia el Sureste de Salem, a un rincón donde hay un brazo de río que se echa en el Jordán, desde Akrabis y el Jordán mismo. Había un lugar de recreo y de baños. En esta comarca empinada había tres estanques para peces, uno sobre otro, que recibían el agua de ese arroyo y había baños que podían volverse calientes a voluntad. Mucha gente suele venir a estos lugares. Desde aquí se ve Ainón recostada sobre el Jordán y del otro lado se veían gentes que andaban. Hacia el mediodía volvieron todos de nuevo a Salem, donde se habían reunido varios fariseos de Aruma, ciudad a unas dos horas al Oeste, en una montaña, y de la ciudad de Phasael, a una hora al Noreste, escondida en un rincón de esta comarca.

Aquí vivía el piadoso Jairo, cuya hija Jesús había resucitado hacía poco tiempo. Entre los fariseos estaba un hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania, que era uno de los principales de Aruma. Había también saduceos. Estaban como huéspedes, pues era costumbre que después de la fiesta de los Tabernáculos se invitasen a los maestros unos a otros. Se hizo una gran comida en una sala abierta, y Jesús asistió a ella en medio de los maestros y escribas. Temían éstos que Jesús enseñase el Sábado en la sinagoga, porque el pueblo no los veía bien a ellos y temían ser reprendidos. Por eso el hermano de Simón invitó a Jesús a ir a Aruma y Jesús aceptó la invitación. Phasael es una ciudad nueva donde solía vivir Herodes cuando se detenía en esta comarca. Hay palmeras en torno de la ciudad y corre un arroyo en su cercanía, que luego se echa en el Jordán, cerca de Sukkoth. Las gentes parecen ser, en general, agricultores y colonos. La ciudad fué edificada por Herodes.

Cuando Jesús llegó a Aruma, no lo recibieron los fariseos en la puerta de la ciudad. Entró con los vestidos ceñidos, acompañado de siete discípulos. A la entrada lo recibieron algunos bien intencionados, como se acostumbra a los que vienen ceñidos y de viaje: cuando no van ceñidos es señal que recibieron ya a la entrada la bienvenida. Los llevaron a una casa, les lavaron los pies y les dieron la refección acostumbrada, sacudiendo también sus ropas del polvo. Después se dirigió Jesús a la casa del sacerdote, junto a la sinagoga, donde se encontraba el hermano de Simón con otros sacerdotes y saduceos que habían venido desde Thebez y otros lugares vecinos. Tomaron algunos rollos de la Escritura y se fueron hacia un pozo delante de la ciudad, donde hablaron de la lectura de hoy, que era Sábado. Era como una preparación para la predicación.

Hablaron cortésmente con Jesús y le pidieron que enseñase hoy, pero que no soliviantara al pueblo contra ellos. No dijeron esto de palabra, pero se lo dieron a entender. Jesús les dijo sería y claramente que enseñaría lo que la Escritura diga, es decir, la verdad, y habló de los lobos con piel de oveja. En la sinagoga habló Jesús de la vocación de Abrahán, de su viaje a Egipto, del idioma hebreo, de Noé, de Heber, de Phaleg y de Job. La lectura era de Moisés (I cap. 12) y del profeta Isaías. Dijo que desde Heber había Dios separado a los israelitas de los demás, pues a este hombre le había dado un nuevo idioma, que era el hebreo, que no tenía nada de común con los otros de aquel tiempo, para mantener esta raza separada de las demás naciones. Primero había hablado Heber la primera lengua madre, como Adán, Set y Noé; pero ésta fué mezclada con muchas otras lenguas en la confusión de Babel. Dios le dió a Heber, para apartarlo de los demás, una lengua propia, santa, la antigua lengua hebrea, sin la cual no se habrían conservado puros de la idolatría y separado de los paganos.

Jesús se albergaba en casa del hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania; ese fariseo era de aquí; era más instruído en la Escritura y más firme. El de Betania valía menos, pero aparentaba saber más. En su casa estaba todo bien ordenado, y aunque Jesús no era respetado con sentimientos de fe, lo trataban con suma cortesía, deferencia amistosa y consideración humanas. Tenía un lugar propio para la oración; los utensilios, telas y ropas eran de la mejor clase, hermosos, y el servicio esmerado y pulcro. La mujer y los hijos casi no aparecían en la casa.

Jairo, de Phasael, aquél cuya hija había resucitado Jesús, también había venido para celebrar el Sábado, y habló con Jesús. Esa hija suya no estaba allí ni en Phasael, sino en Abel-mehola, en una escuela de niñas. Jairo andaba mucho con los discípulos de Jesús en estos viajes. Muchas doncellas solían visitarse en estos días, como lo hacían también los hombres. Abel-mehola está como a seis horas de camino de Phasael. Delante de Aruma, por el Occidente, hay un gran edificio habitado por ancianos y viudas. No eran esenios, pero llevaban unas vestiduras largas blancas y vivían en comunidad, según ciertas reglas. Jesús estuvo en medio de ellos enseñando. Cuando Jesús es invitado a una comida, lo veo ordinariamente ir de una mesa a otra enseñando y exhortando.

IX

La fiesta de la dedicación del templo de Salomón

En Aruma se celebraba la fiesta de la dedicación del templo de Salomón. Toda la sinagoga estaba llena de lámparas encendidas, y en el medio había una pirámide de luces. El día propio ya había pasado. Creo que era al final de las fiestas de los Tabernáculos: era ésta una fiesta trasladada. Jesús enseñó sobre la dedicación: cómo Dios se apareció a Salomón y le dijo que quería mantener a Israel y el templo si le eran fieles y que quería vivir en ese templo en medio de ellos; pero que lo destruiría si se apartaban de Dios. Esto lo explicó Jesús refiriéndolo al tiempo presente, pues ahora había llegado el momento decisivo: si no se convertían el templo sería destruido. Dijo esto con mucha severidad. Los fariseos comenzaron a disputar: decían que estas palabras no habían sido dichas por Dios, sino que eran palabras de Salomón, como una fantasía. La disputa se animó mucho y he visto a Jesús hablar con mucha viveza. Tenía en este momento un aspecto aterrador y los fariseos casi no podían sostener su mirada. Les hablaba en trozos que surgían de la lectura del día, por ser Sábado, de los cambios y malas interpretaciones de la Escritura, y de la verdad y de la historia, como también de los falsos cálculos de los paganos, por ejemplo, de los egipcios; y cómo podían ellos hacer reproches a estos paganos, siendo que ellos mismos, los judíos, estaban en tan miserable estado, que la palabra de Dios, que les estaba tan cerca y les era tan santa, pues sobre ella estribaba la

alianza con el templo, la tenían ahora por una fábula y fantasía de Salomón; sólo porque no les convenía entenderla como estaba escrita, y porque la otra interpretación los halagaba más. Jesús volvió a repetir la promesa de Jehová a Salomón y añadió que ahora, por la falsa interpretación y mala explicación, la amenaza de Jehová estaba más cerca que nunca. Les dijo: "Como ahora está ruinoso la fe en las promesas de Jehová, también los fundamentos del templo están ya ruinosos". Les repitió: "Sí; el templo será destruido y arruinado, porque ya no creéis a las promesas, porque no reconocéis lo santo y no lo observáis santamente. Vosotros mismos trabajaréis en su destrucción y no quedará nada de él sin ser destruido, y será destruido por causa de vuestros pecados". De este modo les habló, y en forma tal, que bajo el templo se entendía que hablaba también de su propio cuerpo. Más tarde, antes de su pasión, dijo esto más claramente: "Yo lo reedificaré en tres días". Aquí no lo dijo tan claramente, pero con todo he visto que entendían que algo misterioso se ocultaba en sus palabras, y se espantaban. Murmuraban y se irritaban al oír estas cosas. Jesús no se alteró por eso y siguió hablando admirablemente, de modo que no pudieron ya contradecir ni decir nada, y, aún contra su voluntad, se sintieron vencidos y subyugados.

Al terminar le dieron la mano cuando salía de la sinagoga, y se excusaron, pareciendo que querían exteriormente restablecer la paz y armonía. Jesús dijo todavía algunas severas palabras, pero mansamente, y la sinagoga fué cerrada. En este momento tuve una visión sobre Salomón, a quien vi delante del templo, junto al altar del sacrificio: estaba de pie encima de una columna alta y desde allí hablaba al pueblo y oraba a Dios en voz alta. A esa columna se subía por la parte interior; arriba había una plataforma y un asiento. Esta columna era movable y se podía transportar a voluntad. Después he visto a Salomón sobre la torre de Sión, pues aún no estaba hecho su nuevo palacio. Estaba en el mismo lugar donde Dios había hablado a David y especialmente cuando estuvo Nathán con él. Había allí una terraza bajo una techumbre donde solía dormir. He visto que Salomón oraba allí, cuando de pronto vino un gran resplandor y se oyó una voz que le hablaba, que salía del mismo resplandor. Salomón era un hombre de hermoso aspecto, algo lleno de carnes y no tan seco y enjuto como veo a muchos hombres de estas comarcas. Sus cabellos eran castaños y sencillos; tenía una bar-

ba corta y pulida, ojos morenos y penetrantes, y un rostro redondo y lleno con los huesos de las mejillas anchas. Aún no se había entregado al amor con las mujeres paganas y extranjeras.

X

Jesús entre los pobres y humildes. Tenath-Silo

Jesús no sanó a los enfermos en Aruma públicamente, para no excitar la envidia de los fariseos. Las gentes también temían a los fariseos y por eso no se mostraban de día. Era un espectáculo hermoso ver a Jesús en dos noches de clara luna salir de la ciudad con algunos discípulos y caminar por las calles para visitar a las gentes pobres y humildes que lo esperaban en un patio, donde sanó a varios enfermos. Eran gentes sencillas que creían en Él y habían rogado a los discípulos que dijeran a Jesús se dignase visitarlos. Todo se hizo sin llamar la atención, porque los caminos estaban desiertos. En esas calles sólo corrían lo muros de la ciudad que no tenían aberturas, sino hacia el interior, a los patios y jardines. Recuerdo a una mujer con flujo de sangre, traída allí por dos jóvenes, que estaba toda envuelta. No se detuvo Jesús mucho tiempo con esos enfermos. Para despertar su fe les preguntaba ordinariamente si creían que Dios los podía sanar y les decía que ese poder Dios lo había dado a Uno sobre la tierra. No sé decirlo bien. Después he visto que la mujer besó el cíngulo de Jesús y Jesús dijo unas palabras, como éstas: "Yo te doy la salud por el misterio (o por la intención) con el cual fué llevado este cíngulo desde el principio hasta el fin". A otros enfermos les ponía el cabo del cíngulo sobre la cabeza. Este cíngulo o faja era una ancha tela que a veces se llevaba abierta en toda su anchura, otras veces doblada y más angosta; a veces se dejaba colgar hacia el suelo; a veces se recogía; pendían de ella borlas y franjas.

El valle al Este de Aruma, y de Este a Oeste, hacia Sichar, estaba lleno de bosques, como también desde Sichar hacia el Norte, hasta la montaña, al Noreste de Siquem. Al Este de esta montaña, que está en medio de la llanura de Sichar, estaba el bosque de Mambre. Aquí era el lugar donde Abrahán tendió su tienda y donde se le apareció Dios, dándole la promesa de su gran descendencia. Había un grueso árbol no tan duro como un roble, pero parecido en los brotes y frutos, del cual solían hacer

las gentes los cabos y nudos de la parte superior de sus bastones de viaje. Bajo este árbol apareció Dios a Abrahán.

El camino parte de Sichar, por la parte izquierda del bosque, en torno del monte Garizím. Delante del bosque, hacia el Norte, hay una ciudad en la llanura en memoria de la estadía de Abrahán: deben estar todavía hoy los restos de esa ciudad. Estaba a tres horas al Norte de Aruma y a dos horas al Noroeste de Phasael, y se llama Tenath-Silo.

Después que Jesús habló nuevamente contra la conducta de los fariseos, diciendo que habían perdido el espíritu de su religión y se atenían a formas vacías y a vanas prácticas exteriores, que el demonio se encarga de llenar, como lo han podido comprobar en los paganos, abandonó la ciudad de Aruma y se dirigió a Tenath-Silo, delante de la cual entró en uno de los albergues que Lázaro tenía establecidos a lo largo de los caminos. Allí enseñó a hombres y mujeres ocupados ahora en la cosecha del trigo, y les habló en parábolas y comparaciones de siembra, cosecha y diversas clases de terrenos. Estos trabajadores eran esclavos y de religión samaritana. Por la tarde enseñó en la sinagoga. Era la fiesta del Novilunio y colgaban coronas de frutos delante de la sinagoga y de otros edificios públicos. Delante de la sinagoga se habían reunido muchos enfermos, especialmente baldados, gotosos, endemoniados y mujeres con flujo de sangre, a quienes Jesús sanó. He visto que aquí bendecía a muchos niños enfermos y muchos sanos también. Los baldados y reumáticos de manos y pies se debía a la estadía en los campos húmedos, donde se echaban sudorosos por el trabajo, de día y de noche. Lo mismo he podido comprobar en Gennebris y en Galilea.

Al día siguiente Jesús anduvo por los campos de la cosecha y sanó a los enfermos. Algunas personas trajeron alimentos de la ciudad y hubo una comida en una choza de las que habían quedado de las pasadas fiestas. Jesús habló largamente de la demasiada solicitud por las cosas de la vida. Trajo la comparación de los lirios del campo, diciendo que estaban mejor vestidos que Salomón y no obstante no tejen ni hilan, y añadió otras comparaciones de animales y de cosas que estaban a la vista de los oyentes. Les enseñó también que no debían profanar el Sábado y las fiestas con trabajos de ganancia: que estaban permitidos los trabajos de caridad y de ayuda a los demás hombres o de los animales, pero que en cuanto a la cosecha del trigo y de los frutos debían dejarlo al cuidado de Dios y no creerse con dere-

cho de trabajar por cada amenaza de tormenta que vieran. Todo esto lo dijo hermosamente, en modo semejante al sermón de la montaña, por que oía yo a menudo decir al Señor: "Benditos son los que... Benditos aquéllos que..."

La gente de estos lugares necesitaba mucho de esta predicción, pues eran sumamente codiciosas y ansiosas de ganancias en sus trabajos de campo y en el comercio de los productos y eran exigentes con sus siervos. Cobraban aquí los diezmos de toda la comarca, y muchas veces retenían todo o alguna parte, mucho tiempo y negociaban con esto. Comerciabán con los productos de su cosecha. Veo hombres de edad en trabajos de madera, que sacan de sus bosques y haciendo suelas de madera para sus zapatos. Veo también muchas higueras. No había aquí fariseos. La gente era algo engreída por su descendencia de Abrahán y grosera en el trato. Los hijos que dejó aquí Abrahán fueron muy pronto desarraigados y mezclados con los siquemitas, de modo que cuando Jacob volvió a esta tierra no tenían ya ni la circuncisión. Jacob había pensado permanecer allí, pero por la seducción de Dina tuvo que emigrar. Conocía a los hijos de Abrahán, que vivían aquí y les enviaba regalos. Dina había ido a pasear junto al pozo de Salem y fué invitada por algunos de estos que habían recibido regalos de Jacob. Tenía doncellas que la acompañasen, pero por curiosidad paseaba sola y así la vió el siquemita que la sedujo.

No debe causar maravilla la gran cantidad de enfermos que encuentra Jesús, pues no bien saben de su venida, los traen de todos los rincones del país y de todas las chozas y tiendas. Vivían en Tenath-Silo judíos y samaritanos separados: los judíos eran mayoría. Jesús enseñó también a los samaritanos, pero estando en suelo judío, y ellos estaban al final de una calle en su territorio. Sanó a muchos samaritanos. Los judíos no se muestran adversos como en otros lugares y no se atienen tampoco tan estrictamente a la observancia del Sábado. Jesús sanó aquí a muchos enfermos de diversas maneras: a algunos a distancia con la mirada y la voz; a otros con tocarlos; a éstos les ponía las manos; a unos bendecía; sobre otros soplabá, y a otros los ungía con su saliva. Hubo algunos a quienes tocándolos mejoraban; a otros sanaba sin que se hubiesen acercado. Me parece que ahora hace más rápido de lo que solía hacer al principio. Yo creo que empleaba diversas maneras para demostrar que no se atenía a un determinado modo, pero también dice el Señor en el Evangelio que una clase de demonios se debe echar de un modo y

otra de otro. Jesús sana de conformidad con la necesidad de cada uno, según su fe y confianza y su naturaleza, como al presente trata diversamente a las almas de los pecadores. En estos milagros no quebranta las leyes de la naturaleza: sólo desata las ataduras; no cortaba nudos, sino que los abría, pues podía hacerlo teniendo todo poder. Como Hombre-Dios sanaba de modo humano, santificando lo que hacía en tal forma. Se me había dicho otras veces que Jesús obraba así para enseñar a los apóstoles las distintas formas para diversas ocasiones. Las variadas formas de las bendiciones de la Iglesia y las consagraciones y los ritos de los sacramentos tienen su fundamento en esta manera de obrar de Jesús.

XI

Jesús en Aser-Michmethath

Hacia el mediodía Jesús dejó la ciudad acompañado de varias personas; caminó por la calle ancha hacia el Noreste que lleva a Scytópolis, teniendo a Doch a la derecha y a Thebez a la izquierda, a la ladera Este de la montaña donde está asentada Samaría. Entró en un valle donde corre un río hacia el Jordán. Le salió al encuentro un grupo de personas deseosas de aprender, especialmente trabajadores samaritanos que le esperaban, y a los cuales adoctrinó. En la altura, a la izquierda, hay un poblado con una larga hilera de casas que se llama Aser-Michmethath, adonde entró Jesús por la tarde. Abelmehola dista de aquí como siete horas de camino. Por este camino van María y las santas mujeres cuando no quieren ir por las montañas de Samaría, dirigiéndose a la Judea. También en la huída a Egipto pasó por aquí María con José.

Esta misma tarde fué Jesús al pozo de Abrahán y al recreo de Aser-Michmethath, y sanó allí a varios enfermos, entre ellos a dos samaritanos que habían traído. Fué recibido muy bien por la gente que era buena; todos deseaban tenerle por huésped. Jesús se alojó en casa de una familia patriarcal, cuyo jefe se llamaba Obed, donde fué recibido muy cariñosamente con todos sus discípulos. El camino de Tenath-Silo hasta aquí es mucho mejor y más ancho que el de Akrabis a Jericó, que es muy pedregoso, angosto y tan tortuoso que los animales lo pasan difícilmente cargados con mercaderías. Era bajo este árbol, junto al pozo de Abrahán, donde la falsa profetisa, en tiempo

de los jueces, daba sus respuestas y anuncios por medio de magia, que salían siempre al revés de lo que profetizaba. Tenía de noche su morada aquí y trabajaba con toda clase de turbios manejos, entre luces de antorchas, haciendo aparecer toda clase de formas de animales y de espectros. Esta falsa profetisa fué clavada de pies y manos a un madero por los madianitas. Debajo de este árbol había enterrado Jacob los idolillos robados a los siquemitas. José y María se mantuvieron ocultos aquí, junto a este árbol, durante un día y la noche en su huída a Egipto. Era conocida la orden de persecución dada por Herodes y era muy peligroso viajar por estos caminos. Si mal no recuerdo, creo que en el viaje de María y José a Belén, fué aquí donde María sufrió una vez un intenso frío, que la hizo gemir y luego recibió un calor confortable.

La ciudad de Aser-Michmethath está de través, sobre un barranco que desciende hacia el valle del Jordán; la parte Sur pertenece a Efraim y la Norte a Manasés. En la parte de Efraim está Michmethath, y en la de Manasés, la población de Aser, que entre las dos forman una ciudad, cuyos límites pasan por el medio. La sinagoga está de la parte de Aser, y los habitantes son algo diferentes en sus costumbres y apartados; mientras que Michmethath, con sus casas, va subiendo por la falda de la montaña. En el valle hay un arroyuelo, junto al cual Jesús enseñó a los samaritanos que se habían congregado. Un poco más arriba está el hermoso pozo y en torno de él lugares de recreo y de baños. La fuente a la cual se desciende por escalones, está apresada por un contorno amurallado, y en medio de la fuente, sobre un terraplén, está el árbol. De esta cisterna se puede hacer correr el agua a otras fuentes, en torno de esta principal. Allí Jesús sanó a dos mujeres samaritanas.

XII

Jesús en casa de Obed. Enseñanza con los pastores

La casa de Obed era como una gran posesión delante de la ciudad de Michmethath, porque el hombre era una especie de jefe. Los habitantes estaban casi todos emparentados entre si y varias familias eran hijos de Obed o hijos de sus hijos o descendientes de sus antepasados. Obed era el más anciano de la ciudad y se encargaba de dirigirlos en sus negocios, en el cultivo de sus campos y en la vida pastoril. Su mujer se ocupaba de sus

quehaceres con otras mujeres en otra parte de la casa: era todavía una mujer judía despierta y activa. Tenía en su casa una especie de escuela de niñas, porque las reunía allí y les enseñaba trabajos manuales. La casa respiraba amor, consejo y actividad. Obed tenía diez y ocho hijos, de los cuales había algunos aún no casados. Dos de sus hijas estaban casadas y vivían de la otra parte de la ciudad, en Aser, cosa que no le gustaba al viejo Obed, como oí decírselo a Jesús en sus conversaciones con Él. La gente de Aser no era de las mismas costumbres que los de este lado de la familia de Obed.

Por la mañana enseñó Jesús junto al pozo. Había allí como cuatrocientos hombres escalonados en torno de las terrazas del pozo escuchando la enseñanza de Jesús. Habló claramente de la venida del reino, de su propia misión y del bautismo y la penitencia, y preparó a algunos para el bautismo: entre ellos había algunos hijos de Obed. Después caminó con Obed hacia las chozas de los campos, y consolaba y alentaba a los peones, enseñando y consolando también a personas ancianas que debían cuidar la casa y no podían salir. Obed hablaba mucho con el Señor de Abrahán y de Jacob, que habían vivido en esos lugares y del caso de Dina. Los habitantes de la ciudad se consideraban descendientes de Judá. El capitán Holofernes, que había invadido esta tierra, había causado enormes destrozos. Los antepasados de estos habitantes se habían propuesto mantener las tradiciones de sus antiguos padres, pues habían emigrado de Judea. Con estas antiguas costumbres se habían mantenido hasta el presente. Obed mantenía estas antiguas maneras y especialmente imitaba mucho a Job. Había acomodado bien y ricamente a todos sus hijos y en todas las ocasiones daba generosamente al templo y a los pobres. Jesús bendijo a muchos niños que le eran presentados por sus madres. Por la tarde hubo una gran comida alrededor de la casa de Obed y en las chozas. Se puede decir que tomaron parte todos los habitantes de Michmethath, especialmente los pobres. Jesús iba de mesa en mesa bendiciendo, consolando, enseñando y repartiendo alimentos. Enseñaba en parábolas. Las mujeres estaban en otra choza aparte. Después Jesús fué a las casas de algunos enfermos para sanarlos, y de paso bendijo a muchos niños que le traían las madres; había muchos niños, especialmente en la casa de la mujer de Obed, porque ella se ocupaba de agruparlos y enseñarles. Obed tenía un niño de unos siete años con el cual Jesús habló largamente. Vivía con otro hermano de Obed en el campo

y era muy piadoso: se levantaba de noche para orar. El hermano aquél no estaba muy contento con esto, y Obed se afligía de este contratiempo. Jesús intervino en este caso y dejó contentos a todos. Este niño se juntó con los discípulos después de la muerte de Jesús. Esta ciudad de Michmethath se había conservado fiel a los Macabeos en tiempos de guerras y el mismo Judas estuvo algún tiempo aquí. Obed se había propuesto imitar en todo a Job y en verdad llevaba él mismo y hacía llevar a los suyos una vida patriarcal al modo de los antiguos padres.

Cuando Jesús se dirigió a la otra parte de la ciudad ya se habían reunido muchos fariseos en la sinagoga, no de los mejores y algunos orgullosos habitantes. Estos estaban en combinación con gentes encargadas de cobrar impuestos para Roma y ejercían la usura con este dinero. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos. Los fariseos y los orgullosos de la ciudad estaban irritados con Jesús porque había estado primero con las gentes sencillas de Michmethath y no con ellos. Ellos no lo amaban, y sin embargo querían que hubiese entrado primero en su ciudad y no en la de sus vecinos, a los cuales tenían en menos.

De Aser Jesús volvió a Michmethath y con mucha gente se dirigió al pozo, preparando allí a las gentes para el bautismo. Muchos confesaban sus pecados en público; otros pasaban al lado de Jesús y confesando sus culpas pedían perdón y penitencia; mientras tanto, Saturnino y Barsabas bautizaban y otros discípulos ponían las manos sobre ellos como padrinos. Los bautismos se hacían en una gran cisterna. Después del bautismo Jesús volvió a la sinagoga de Aser y enseñó sobre Moisés (I, 18, 23). Se refirió a la destrucción de Sodoma y Gomorra, haciendo una severa advertencia sobre la penitencia: trató también de Eliseo y sus prodigios. Los fariseos no estaban de acuerdo con la predicación de Jesús, quien les echó en cara que despreciaban a los publicanos por su ilícito comercio, siendo que ellos hacían lo mismo y peor, pero ocultamente y queriendo pasar por justos. Después que Jesús habló en la sinagoga de Abrahán y de Eliseo, sanó a muchos enfermos, endemoniados y melancólicos. Al mediodía hubo una comida en un albergue. Los fariseos en verdad habían invitado; pero Jesús llamó a todos los pobres del lugar y a las gentes de Michmethath, y después hizo pagar los gastos por sus discípulos. Durante la comida tuvo vivas disputas con los fariseos. Jesús contaba parábolas, como, por ejemplo, del deudor injusto, que quiere ser condonado y no perdona a sus deudores; les echó en cara que ellos oprimían al pueblo cobran-

do los impuestos, y luego mentían a los romanos diciendo que los pobres no habían podido pagar, mientras se guardaban el dinero; que cobraban mayores impuestos y a los romanos les entregaban sólo la tercera parte. Al principio quisieron justificarse y Jesús les dijo: "Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios". Por último, viéndose descubiertos, se irritaron mucho, y decían: "¿Qué le importa a Él de nuestro modo de proceder?"

Al comenzar el día de ayuno en memoria de serle saltados los ojos al rey Sedequías por Nabucodonosor, enseñó Jesús en los lugares de los pastores y junto al pozo de Abrahán. Habló del reino de Dios, y cómo ese reino pasaría de los judíos, que no lo recibían, a los paganos, y que éstos tendrían la supremacía. Obed le advirtió que si decía eso a los paganos éstos se pondrían soberbios. Jesús le explicó cómo les enseñaba y que precisamente porque no eran soberbios serían los primeros en el reino. De paso advirtió también a Obed y a los suyos sobre el peligro de creerse justos y de estar contentos de su modo de ser, a lo cual tenían cierta tendencia. Ellos se apartaban de los demás y se sentían satisfechos de su orden en la vida, de su moderación y del fruto de su vida morigerada, y todo esto podía llevar al contentamiento vano de sí mismo y desprecio de los demás. Jesús usó la parábola de los trabajadores que reciben su salario diario.

A las mujeres que estaban reunidas en un lugar de recreo, aparte, les enseñó contándoles la parábola de las diez vírgenes: de las prudentes y de las tontas. Estaba en medio de ellas, y ellas en torno de Él, en círculo, en escalones, en una especie de terraza: la mayoría estaban sentadas sobre una rodilla, mientras tenían la otra levantada y se apoyaban sobre ella con las manos. En estas ocasiones todas las mujeres tenían velos y mantos con que se cubrían: las ricas, velos finos y transparentes; las pobres, otros más gruesos. Al principio vienen todas con los velos bajos; luego, según la comodidad, se lo levantan un tanto. Se bautizaron aquí unos treinta hombres, la mayor parte obreros que habían estado ausentes o habían llegado cuando ya Juan estaba preso.

XIII

Jesús en Meroz

Después que Jesús estuviera con los agricultores ocupados en la segunda vendimia, se dirigió con cinco discípulos al lugar de donde había venido. Los dos discípulos de Juan se habían alejado de aquí en dirección de Macherus. El arroyo del valle de Aser-Michmethath tiene su origen en la fuente donde Jesús hizo bautizar. Jesús marchó hacia el Oeste unas tres horas en el valle, al Mediodía del monte donde están edificadas Samaría y Thebez. Enseñó durante el camino a algunos pastores y llegó hacia el mediodía a la posesión principal que recibió José de Jacob (I Moisés, 48, 22). Está al Sur de Samaría y se extiende en una anchura de media hora de camino, a una hora del Este al Oeste. Un arroyo corre en dirección de Occidente. Desde la altura del viñedo mira esta posesión hacia el Mediodía a Siquem, del cual está apartado como un par de horas al Norte. Tiene esta posesión de todo: viña, trigo, pastoreo, fruta, agua de riego y buena edificación. El que lo ocupa ahora es un arrendatario, porque la posesión es de Herodes. Es la casa donde estuvo María con las otras mujeres cuando Jesús estaba en Siquem y le esperaron allí y donde Jesús sanó al niño enfermo. La gente es buena.

Jesús enseñó aquí delante de una gran multitud y luego tomó parte en una comida de campesinos. Esta herencia de José no era el campo de Siquem que Jacob compró de Hemor, sino una posesión aparte donde se habían metido los amorritas entre otros advenedizos. Se le había vendido todo junto y Jacob tuvo que limpiarlo de amorritas, a los cuales no veía bien que se mezclasen con su gente. Consiguió esto con una especie de desafío de paz. Jugaron a quien vencía al contrario sacándole el escudo de las manos o la espada y lo rompía: el vencido tenía que abandonar el campo. También se jugó a tirar con honda o arco y flechas al blanco. He visto cómo Jacob y el jefe de los amorritas estaban rodeados de los suyos, uno frente al otro. Jacob venció a su contrario, y éste tuvo que salir del campo. Después del combate hicieron un pacto mutuo. Todo esto aconteció después de la compra del terreno. Jacob vivió once años en Siquem.

Desde aquí partió Jesús de nuevo al Noreste, subiendo al monte, hacia Meroz, una ciudad situada al Mediodía de una

montaña, mientras Atharoth está al Norte. Meroz está más alta que Samaría, hacia el Norte de Thebez, aún más alta que Aser-Michmethath, que está al Este.

Jesús no había estado aún en Meroz, que tenía mala fama por su infidelidad. La ciudad está rodeada de excavaciones, sin agua. Sólo se junta alguna cuando llueve, en las montañas. Se habían reunido en Meroz, descendientes de Aser y Gad, hijos de Jacob por Zelpha, y algunos de ellos se habían mezclado por casamientos con los siquemitas. Las otras tribus no querían tener a éstos, y eran considerados como no fieles y traidores entre los demás judíos. De este modo se formó esta ciudad de Meroz como un lugar apartado de los demás: conservaron algo de bueno y mezclaron también algo de malo de los otros. Eran algo desechados de los demás y como olvidados. Hacían trabajos en pieles y cueros: vestidos, suelas, correas, fajas, escudos resistentes y defensas para los soldados. Traían estas pieles de otras regiones y las tenían en cisternas adonde llegaba el agua de la fuente que tenían en la ciudad. Pero porque esta misma fuente les venía de otro lugar, por canales, y no tenían abundancia de agua, solían trabajar sus cueros en un lugar pantanoso, que se llamaba Iscariot, que está a unas horas de Meroz, al Este, y de Aser-Michmethath, al Norte. Era un rincón oscuro con algunas casas y en un barranco corría un riacho hacia el Jordán. Allí también trabajaban las gentes sus cueros. Judas y sus padres habían vivido algún tiempo en este lugar: de aquí les vino el sobrenombre de Iscariote.

Jesús fué recibido muy bien por los pobres habitantes de Meroz, que sabían de su venida. Salieron a su encuentro, le trajeron vestidos y suelas para los zapatos y quisieron sacudir sus ropas y limpiarlas. Jesús agradeció y fué con los discípulos a la ciudad, donde se les lavó los pies y se les dió una refección. Vinieron los fariseos y Jesús enseñó en la sinagoga, la misma tarde, delante de mucha gente: habló del siervo perezoso y del talento enterrado. Hizo la comparación con los habitantes de la ciudad. Si ellos tenían como hijos de la sierva un solo talento, debían haber negociado con él, y ellos, en cambio, lo habían enterrado: que se apurasen, ya que venía el Señor y podían darle alguna ganancia. Les reprochó también su poco amor a los vecinos y su odio a los samaritanos. Los fariseos no estaban conformes con Jesús; en cambio el pueblo sí, porque era oprimido por los fariseos y porque el lugar estaba tan olvidado de todos, de modo que nadie se acordaba de sus necesidades. Des-

pués de la enseñanza fué Jesús a un albergue público delante de la ciudad que Lázaro había alquilado para Jesús y sus discípulos. Tenía Lázaro una propiedad aquí. Vinieron Bartolomé, Simón Zelotes, Judas Tadeo y Felipe, que habían hablado ya con los discípulos. Jesús los recibió amigablemente. Tomaron parte en la comida y pasaron la noche. A Bartolomé ya lo había visto Jesús varias veces, lo había internamente movido a seguirle y había hablado a los discípulos de él. Simón y Tadeo eran primos de él; también Felipe era pariente. Jesús había ya nombrado a todos estos que le seguirían, cuando en su última estadía en Cafarnaúm, en el lugar de pesca de Pedro, junto al mar, habló de su seguimiento, y cuando Pedro, creyéndose indigno, había pedido lo dejasen permanecer en su casa. Entonces dijo Pedro palabras que están en el Evangelio mucho después.

XIV

Judas Iscariote se une a los discípulos

Judas Iscariote había venido con estos discípulos a Meroz; pero de noche no se había quedado con Jesús en el albergue, sino en una casa de la ciudad donde solía hospedarse. Bartolomé y Judas Tadeo hablaron en favor de Judas con Jesús, diciendo que lo conocían como hombre capaz, instruido, hábil y muy servicial, y que deseaba ser recibido entre los discípulos. Jesús suspiró un momento y se quedó contristado. Como le preguntaran la razón, les dijo: "Ahora no es el momento de hablar de ello, sino de pensar en ello". Después de la comida enseñó y pernoctaron en este lugar. Estos discípulos recién venidos llegaban de Cafarnaúm, donde habían estado reunidos con Pedro y Andrés. Tenían mensajes para Jesús y traían también dinero que habían juntado para los viajes de Jesús y sus discípulos y para limosnas a los pobres. Judas los había encontrado en Naim y los había traído hasta Meroz. Era conocido de todos los discípulos y hacía poco tiempo que había estado en Chipre. Las cosas que contó allá de Jesús, sus milagros, los juicios que formaban de su persona, cómo unos le tenían por Hijo de David, otros lo llaman el Cristo y la mayoría el más grande de los profetas, habían hecho que los judíos y paganos de Chipre estuviesen muy deseosos de ver a Jesús, del cual habían oído tantas maravillas, especialmente cuando estuvo en Tiro y Sidón. El pagano de Chipre, que había estado con Jesús en Ophra, había

sido enviado a raíz de estas conversaciones por su señor a la Palestina, y Judas hizo el viaje de vuelta de Chipre con este señor. En este viaje había estado también en Ornitópolis, donde vivían los padres de Saturnino, que habían venido de Grecia para establecerse allí.

Cuando Judas Iscariote supo en el camino que Jesús vendría a la región de Meroz, donde él era muy conocido, fué a buscar a Bartolomé a Dabaseth, pues eran conocidos y le rogó fuera con él para que lo presentase a Jesús. Bartolomé aceptó la invitación, pero quiso antes ir a Cafarnaúm con Judas Tadeo para ver a los discípulos; de allí se dirigió, con Tadeo y Felipe, a Tiberíades, donde tomaron consigo a Simón el Zelotes, y se encontraron con Judas Iscariote en Naim, adonde había ido ya de antemano. Él pidió de nuevo a sus amigos le presentasen como discípulo de Jesús, y estos amigos, como conocían su habilidad y su carácter servicial, con gusto se prestaron a presentarlo a Jesús.

Judas podía tener entonces unos veinticinco años de edad; era de regular estatura y no desagradable. Tenía cabellos negros, aunque la barba era algo rojiza. Era pulcro en sus vestidos, mucho más que el común de los judíos. Era hablador, servicial y le gustaba hacerse importante; contaba con aire de confianza y de buena gana las cosas de grandes hombres y de justos y lograba imponerse entre los que no lo conocían bien. Pero cuando alguien, mejor informado, podía contradecirlo, se avergonzaba de su locuacidad y se confundía. Ambicionaba honores, cargos y dinero; sus empresas le habían salido bien y se sentía inclinado a buscar fama, empleo, honores y riquezas, sin que todos estos defectos aparecieran todavía claramente en él. La aparición de Jesús lo sedujo desde el primer momento. Vió que los discípulos eran cuidados, que el rico Lázaro corría con los gastos de Jesús; se decía que Jesús estaba por levantar un reino; se hablaba en todas partes de un Rey, del Mesías, del Profeta de Nazareth, y las maravillas de Jesús y su sabiduría andaban de boca en boca. Judas Iscariote tenía gran deseo de ser discípulo de Jesús para tener derecho a su reino, que él, como muchos, creían temporal. Desde hacía algún tiempo había reunido todos los datos de las maravillas de Jesús y se había encargado de esparcir por todas partes estas noticias. Se hizo amigo de varios de sus discípulos y así pudo acercarse a Jesús. Otro motivo tenía para buscar algo aquí, pues no tenía oficio propio y en cuanto a instrucción era medio letrado. Se ocupaba

de cálculos y de comercio, pues los bienes heredados de su padre natural se le habían agotado. En estos últimos tiempos se ocupaba de toda clase de comisiones y mensajes, por cuenta de otros que le daban encargos conociendo su habilidad y su carácter servicial.

El hermano de su padre difunto se llamaba Simeón y vivía de cultivar la tierra en Iscariot, que es un pueblito de unas veinte casas, que pertenece a Meroz, y está cerca de la ciudad, en la parte Este. Aquí habían vivido algún tiempo sus padres y por eso tenía el nombre de Iscariote. Sus padres hacían una vida errante; su madre era una cantante y bailarina. Era de la descendencia de Jefté, por parte de la mujer de este juez del país de Tob. La madre de Judas Iscariote era también poetisa, que hacía versos de circunstancia y los cantaba y tocaba con el arpa; tenía también una especie de escuela de danza, enseñando a otras jóvenes y trayendo y llevando toda clase de modas y diversiones. Su marido, que era judío, no vivía con ella sino en Pella. Judas era un hijo natural y su padre era un capitán que vivía en Damasco. Cuando la madre tuvo a Judas en Askalón, durante su vida errante, se libró de él, abandonándolo; muy pronto, después de su nacimiento, fué dejado junto a unas aguas y recogido y educado por un matrimonio que carecía de hijos. Su educación fué esmerada; pero luego fué díscolo, y por sus mentiras y mala conducta fué remitido a su madre con la cual estuvo como en pensión. Me viene a la memoria también que el marido, cuando supo que su mujer había tenido a Judas con otro hombre, lo maldijo.

Judas tuvo algunos bienes de su padre natural y tenía mucha habilidad. Después de la muerte de sus padres vivió principalmente en Iscariot con su tío Simeón, que era curtidor y se ofrecía para corredor de varios negocios. No era hasta el presente un mal hombre; pero si hablador, ambicioso de honor y de riquezas y sin firmeza de carácter. No era tampoco licencioso y sin religión; por el contrario, era observante de todos los usos judaicos. Se me presenta como un hombre con disposiciones para ser muy bueno, como también para las mayores maldades. A pesar de todas sus cualidades de habilidad, de carácter servicial y disposición para hacer favores, tenía una expresión de dureza, de tristeza y de oscuridad en su rostro, que le venía de su ambición, de su avidez y de una oculta envidia, que lo devoraba y se extendía hasta a las virtudes de los demás. No era del todo feo; tenía algo de amabilidad y de adu-

lación antipática y de bajeza de ánimo en sí mismo. Su padre natural tenía algo de bueno, que pasó a Judas por herencia natural. Cuando más tarde volvió con su madre y ésta tuvo un altercado con su marido, por causa de él, la madre maldijo a Judas también. Ella, como él, eran juglares ambulantes; ejercían toda clase de artificios y pruebas, y a veces tenían bienes, como de pronto se encontraban en la miseria. Por lo demás, los discípulos se llevaban bien con Judas Iscariote, en un principio, por causa de su carácter servicial, que se extendía hasta a limpiar los zapatos. Podía correr con mucha ligereza y hacía muchas correrías en favor de la comunidad. No he visto nunca que hiciese algún milagro. Estaba siempre lleno de ambición, de envidia y hacia el final de la vida de Jesús estaba del todo aburrido de andar en vano, de obedecer y de todo lo que se refería a Jesús, que no podía comprender.

XV

Jesús sana enfermos en Meroz

En medio de la ciudad de Meroz hay un pozo bien arreglado, que recibe las aguas por medio de canales que vienen del vecino monte de la parte Norte de la ciudad. Alrededor de esta fuente hay cinco caminos con recipientes adonde viene el agua por medio de bombas impelentes. En torno de la misma fuente, más apartadas, se encuentran algunas casillas para baños. Todo este espacio puede ser encerrado. En estos lugares, en torno de la fuente, habían traído a muchos enfermos incurables, que estaban tendidos en camillas; a los más graves los tenían en las casillas de baños. Esta ciudad tiene muchos enfermos graves, porque está como abandonada, despreciada y sin auxilio de otras. Veo aquí enfermos de flujo de sangre, baldados, gotosos y otros males. Jesús se dirigió allí con sus discípulos, menos Judas que aún no le había sido presentado. Los fariseos del lugar y otros extranjeros estaban en la parte media de la fuente, desde donde se podía contemplar la escena. Se admiraban, por una parte, y se irritaban, por otra, a causa de los milagros de Jesús. Eran hombres estables que habían oído a otros que dudaban o se burlaban o despreciaban las cosas que contaban de Jesús; ahora, que las veían con sus propios ojos, se admiraban y se irritaban también, porque habían estado convencidos que Jesús nada habría podido hacer con esos enfermos graves que gritaban por

ayuda y salud, y vieron luego cómo se levantaban sanos, llevando sus camillas y pasaban entre ellos alabando a Dios, dando gracias a Jesús. Jesús seguía exhortando, sanando y enseñando, sin cuidarse de los fariseos. Toda la ciudad estaba llena de alabanzas a Dios y de acción de gracias al Profeta. Esto duró desde la mañana hasta el mediodía.

Después volvió Jesús a salir con sus discípulos por la parte oriental de la ciudad y se dirigió a su albergue. En el camino le salieron al paso algunos endemoniados furiosos que habían soltado de su encierro: gritaban y se agitaban. Jesús les mandó callar, y ellos enmudecieron al punto, acudiendo muy humildes a echarse a sus pies. Los sanó y les mandó que fueran a purificarse. Desde el albergue se fué a la casa donde estaban sus discípulos, cerca de los leprosos, en lugar bastante apartado de la ciudad. Entró en sus casas, los llamaba afuera, los tocaba y los sanaba y les mandaba presentarse ante los sacerdotes, para las acostumbradas purificaciones. A los discípulos no los había dejado entrar en las casas, sino que los envió a un lugar donde pensaba dar una enseñanza a los leprosos curados.

XVI

Judas Iscariote es presentado a Jesús

En este camino se llegó Judas a los demás discípulos. Cuando Jesús se juntó de nuevo a ellos, Bartolomé y Simón Zelotes lo presentaron a Jesús con estas palabras: “Maestro: aquí está Judas, de quien te hablamos”. Jesús lo miró muy amigablemente, pero con indecible tristeza. Judas, inclinándose, dijo: “Maestro, te pido me dejes tomar parte en tu enseñanza”. Jesús le respondió mansa y proféticamente: “Esto lo puedes tener si no lo quisieras dejar a otro”. Así, más o menos, dijo Él. Yo entendí que, en ese momento, profetizaba de Matías, que había de tomar su parte entre los doce, y también a la entrega que Judas haría de Jesús. La expresión no era clara, pero yo entendí que eso quería decir.

Fueron subiendo por el monte, y Jesús empezó a enseñar. En la altura había una gran multitud de gentes de Meroz, de Atharoth, que está al Norte del mismo monte, y de toda la comarca. Había muchos fariseos. Esta predicación había sido anunciada de antemano por los discípulos. La enseñanza fué sobre el reino. Habló con severidad de la necesidad de la penitencia y

del abandono de este pueblo, exhortándolo a que se moviese y reprendiendo su pereza. No había arriba sitio de enseñanza. Jesús se colocó sobre una colinita. En derredor había ruinas de murallas en círculo, sobre las cuales se habían acomodado los oyentes. De aquí se contempla un hermoso paisaje, hasta la lejanía. Se ve Samaría, Meroz, Thebez, Michmethath y toda la comarca en torno. Por el monte Garizim no se ven sino sus altas torres. Por el Sur se ve hasta el mar Muerto; por el Este, a través del Jordán, hacia Gilead; al Norte el Tabor, y a través del valle, hasta Cafarnaúm.

Cuando se hizo de noche dijo Jesús que deseaba enseñar de nuevo al día siguiente. Mucha gente durmió bajo tiendas, porque estaba muy lejos de sus casas. Jesús volvió con sus discípulos al albergue de Meroz y durante el camino enseñó mucho sobre el modo de utilizar el tiempo, de la espera larga de la salud y redención, de su proximidad, del abandono de las cosas propias, de su seguimiento y del cuidado de los necesitados. En el albergue tomó algún alimento con los suyos. En la montaña hizo repartir dinero a los pobres: este dinero era el que le habían traído los discípulos de Cafarnaúm. He visto que Judas miraba esto con especial interés. Jesús enseñó durante la comida, hasta entrada la noche. Hoy es la primera vez que Judas Iscariote está en la misma mesa con Jesús y pernocta bajo el mismo techo.

XVII

Enseñanza de Jesús en el monte de Meroz

A la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte de Meroz y tuvo una gran enseñanza, que duró toda la mañana: parecía el sermón de la montaña. Se había congregado gran multitud. Se repartió alimentos, que consistían en pan, miel y pescados sacados de los estanques que tenían allí como reservas. Jesús había adquirido una parte para los pobres.

Habló de nuevo del que recibe un talento sólo, porque éstos eran descendientes de Zelpha, sierva de Jacob; talento que tenían como sepultado por culpa también de los fariseos que oprimían al pueblo y lo dejaban perecer en los vicios y en la ignorancia. Había aquí algunos samaritanos convertidos, y Jesús reprochaba a los fariseos porque no habían desde tiempo atrás convertido a esas gentes: sólo los despreciaban sin querer

mejorarlos. Los fariseos empezaron entonces a disputar con Jesús y a irritarse, y le decían que Él dejaba demasiada libertad a sus discípulos; que no eran bastante severos en los ayunos, purificaciones, observancia del Sábado, apartamiento de los publicanos y de las sectas, y que no vivían al modo de los hijos de profetas y discípulos de los sabios y escribas. Jesús les respondió con el precepto del amor: "Amar a Dios sobre todo y al prójimo como a ti mismo. Este es el primer mandamiento". Les dijo que Él pedía a sus discípulos que observasen esto en lugar de las observancias exteriores con las cuales ocultan vicios internos. Dijo esto algo veladamente, y por eso se acercaron Felipe y Tadeo y le dijeron: "Maestro, no te han entendido". Jesús lo declaró nuevamente y les repitió que lamentaba que hubiesen dejado al pueblo pobre, ignorante y pecador perderse en observancias inútiles, añadiendo que los que tal hacen no tendrán parte en su reino. Después de esto bajó del monte y fué a su albergue, a media hora de allí y de la ciudad. A lo largo del camino había gran multitud de enfermos sobre camillas y bajo tiendas que esperaban a Jesús. Algunos habían llegado muy tarde la vez anterior. Acudían de todos los contornos, y Jesús los sanó de diversas maneras, exhortándolos, consolándolos y dándoles normas de vida.

XVIII

La viuda Lais y sus hijas

Encontrábase allí la viuda pagana Lais de Naim, que pedía ayuda para sus dos hijas Sabia y Athalia, que eran tormentadas en su casa por el demonio de tan espantosa manera que debía tenerlas encerradas. Estaban furiosas, eran arrojadas de un lado a otro, mordían y se herían unas a otras; nadie podía acercarse a ellas. A veces yacían pálidas del todo, como muertas, o con convulsiones. La madre se había trasladado hasta aquí con sus criadas y algunos siervos. Permanecía a la distancia con deseos de que Jesús se acercase a ella; pero siempre veía que Jesús se dirigía a otros. Ya no podía contenerse y gritaba de tanto en tanto: "¡Ah, Señor; ten piedad de mí!" Parecía que Jesús no la quería escuchar. Las mujeres que estaban a su lado le decían que clamase: "Señor, ten piedad de mis hijas", puesto que a ella nada le faltaba; pero ella respondió: "Son mi carne y si Él se compadece de mí, tiene compasión también de mis hijas".

Jesús dijo entonces: "Conviene que yo reparta primero el pan a los hijos antes que a los extranjeros". Respondió ella: "Es muy cierto; Tú tienes razón, Señor; yo quiero esperar y volver de donde he venido si Tú hoy no me quieres ayudar, puesto que no soy digna".

Jesús había terminado de sanar enfermos, y los sanados se alejaban llevando sus camillas y alabando al Señor. Jesús, sin volverse hacia la infeliz mujer, parecía que se quería alejar de allí. Se contristó mucho la mujer y pensó: "¡Ah, no quiere ayudarme!" En ese momento se volvió Jesús a ella y le dijo: "Mujer ¿qué me pides?" Estaba con el velo; se echó a los pies de Jesús, y dijo: "Señor, ayúdame; mis dos hijas en Naim están atormentadas por el demonio. Yo sé que Tú las puedes ayudar si quieres; todo está en tu poder". Jesús le dijo: "Véte a casa; tus hijas te saldrán al encuentro. Pero purifícate; son los pecados de los padres los que están sobre esas hijas". Esto último lo dijo en voz baja, y ella contestó: "Señor: yo lloro desde hace tiempo mis pecados, ¿qué debo hacer?" Jesús le dijo que debía librarse de las riquezas injustas, mortificar su cuerpo, orar, ayunar, dar limosna y compadecerse de los enfermos. Ella, llorando, prometió hacer todo esto y salió contenta de allí.

Esta mujer había tenido estas dos hijas fuera del matrimonio; sus tres hijos legítimos vivían lejos de ella y ella poseía algo que era de ellos. Era muy rica y vivía como suelen hacerlo gentes ricas, con pesar de sus culpas, pero con todas sus comodidades. Esas dos hijas estaban encerradas en piezas aparte. En el momento que Jesús hablaba con la madre he visto que estas hijas caían como desmayadas y que el demonio las dejaba saliendo de ellas como un vapor oscuro. Llorando mucho y del todo cambiadas llamaban a su guardiana y le decían que se sentían del todo libres y buenas. Cuando oyeron que su madre había ido a ver al profeta de Nazaret quisieron ir a su encuentro, acompañadas de mucha gente de la vecindad. Llegaron como a una hora de distancia de Naim, donde encontraron a la madre que volvía, y le contaron todo lo sucedido. La madre continuó su viaje a la ciudad; pero las hijas, acompañadas por sus guardianas y sus siervos, se dirigieron a Meroz para presentarse ante Jesús, puesto que habían oído que Jesús predicaría allí al día siguiente.

Mientras tenían lugar estas curaciones llegaba Manahem, el ciego de nacimiento a quien había dado la vista Jesús. Venía de Betania con los dos sobrinos de José de Arimatea. Jesús lo

había enviado a Betania al lado de Lázaro. Traía algún dinero y obsequios que las santas mujeres enviaban para la comunidad. Jesús habló con el recién llegado. Dina, la samaritana convertida, había estado en Cafarnaúm con las santas mujeres y había ofrecido ricos regalos a la comunidad, como también la Verónica y Juana Chusa. De vuelta habían visitado a Magdalena, encontrándola muy cambiada. Estaba triste, y parecía que sus buenas cualidades iban a sobreponerse a sus malas pasiones. Habían llevado consigo a Betania a Dina la samaritana. También había ido a Betania una viuda de edad, rica, que había puesto todo lo suyo a disposición de Marta, para socorrer a la comunidad de Jesús.

Como los fariseos invitasen a Jesús a una comida, le preguntaron si pensaba traer a sus discípulos que, según ellos, eran jóvenes sin instrucción ni experiencia, para tratar con ellos, que eran sabios. Jesús les respondió que quien invitaba a Él, invitaba también a los de su casa, y quienes a éstos no querían, no querían tampoco a Él. Se conformaron y dijeron que trajese también a sus discípulos. Fueron entonces todos a la ciudad donde estaba la sala de la comida. Durante este tiempo Jesús enseñó con parábolas y comparaciones. La posesión que tenía Lázaro delante de Meroz consistía en campos con buena fruta. Había caminos de alamedas. Vivían aquí los peones de Lázaro y recogían la fruta para venderla. Ahora estos mismos trabajadores estaban encargados de atender a Jesús y a sus discípulos. Esta larga estadía de Jesús aquí había sido ya concertada con Lázaro en Ainón, y las mujeres habían estado antes para el arreglo: por eso la gente de esta región ya esperaba a Jesús. Antes que Jesús se dirigiera al día siguiente de nuevo a la montaña, enseñó en Meroz, junto al pozo. De nuevo reprendió a los fariseos el abandono en que dejaban al pueblo. Después se dirigió a la montaña y dijo un sermón como el de la montaña, y para despedirse volvió a hablar de los talentos y del que entierra el hombre perezoso. Había algunos que estaban en la montaña desde hacía tres días sin moverse. Aquellos que no tenían qué comer y no podían volver a sus casas fueron atendidos por los discípulos, y servidos. Jesús fué rogado por el tío de Judas Iscariote, llamado Simeón, a venir al poblado de Iscariot, y Jesús se lo prometió. Este Simeón era un anciano piadoso, de rostro oscuro y ágil de movimientos. Cuando Jesús bajaba del monte le esperaban algunos enfermos que podían caminar. Jesús los sanó. Sucedió esto en el camino entre el

albergue y la posesión de Lázaro, en el lugar donde fueron servidas las gentes que habían venido al sermón de Jesús por medio de los discípulos.

En el mismo sitio donde ayer había estado esperando la pagana Lais para pedir a Jesús la curación de sus dos hijas endemoniadas, le esperaban ahora esas dos hijas Athalia y Sabia, con sus criadas y siervos. Ellas dijeron: "Señor; no hemos creído ser dignas de escuchar tus palabras sobre el monte y te esperamos aquí, para darte gracias porque nos has librado del poder del enemigo". Jesús les mandó levantarse, y alabó la paciencia, la humildad y la fe de su madre, en cuanto había esperado a que Él repartiese el pan a los hijos antes de atender a los extraños. Les dijo que ahora ella pertenecía también a los de su casa, pues había reconocido al Dios de Israel en su misericordia; que su Padre celestial le había enviado a Él para repartir ese pan a todos los que creyesen en su misión e hicieran penitencia de sus pecados. Después de esto hizo traer por los discípulos algún alimento, y le dió a cada una de ellas y a sus acompañantes un trozo de pan y un pescado, y les dió una profunda explicación y enseñanza sobre esto mismo. Después se retiró con sus discípulos a su albergue. Una de las doncellas era de veinte y la otra de veinticinco años. Por efecto de su estado y de haber permanecido mucho tiempo encerradas, estaban pálidas y descoloridas.

XIX

Jesús en el poblado de Iscariot

Jesús se dirigió a la mañana siguiente con sus discípulos a la población de Iscariot, a una hora de camino. Hay unas veinticinco casas metidas en un barranco y lugar pantanoso, con estanques llenos de juncos que usan los curtidores para sus trabajos. Muchas veces les falta el agua y tienen que llenar estos estanques de reserva. Los animales que se han de sacrificar para el alimento de Meroz son mantenidos aquí. Los que allá necesitan los sacrifican aquí, les quitan el cuero y lo curten. Estos barrancos están al Norte de Michmethath. El oficio de curtidor está en gran desprestigio entre los judíos, por el mal olor y la suciedad: por eso usan para estos oficios a los esclavos extranjeros o a paganos, a gente de baja condición que vive en Meroz en un cuartel de la ciudad, aparte. En Iscariot no se

ve otra cosa que curtiembres y me parece que la mayoría de estas casas y talleres pertenecen al viejo Simeón, tío de Judas Iscariote. Judas prestaba a su tío útiles servicios: ya iba con sus mulas a buscar cueros, comprándolos donde los había; ya llevaba los cueros curtidos donde pedían, especialmente a las ciudades de la costa. Era un comerciante astuto y hábil revendedor. No era por ahora malo: si se hubiese vencido en lo pequeño en sus malas tendencias, no hubiese llegado a los extremos que llegó. María le había avisado frecuentemente de sus defectos. Judas era inconstante. Era capaz de un arrepentimiento fuerte y repentino, pero no duraba en sus buenas disposiciones. Tenía siempre en su cabeza el reino temporal y cuando vió que no aparecía ese reino por ningún lado, comenzó por hacerse dinero. Por esto se irritó de que el precio de los perfumes y esencias de Magdalena no hubiese pasado por sus manos. Después de la última fiesta de los Tabernáculos que celebró Jesús, Judas comenzó a echarse del todo a la peor parte. Cuando vendió a Jesús, no pensó que le podían dar muerte, sino que saldría de sus manos, como había sucedido otras veces: sólo quería el dinero y no la muerte de Jesús. Judas se mostró aquí muy servicial, pues estaba como en su casa.

Su tío Simeón recibió a Jesús y a los discípulos delante del pueblo, le lavó los pies y le dió alimento. Este hombre es muy activo en sus trabajos. Jesús moró en su casa con los discípulos. Allí estaban la mujer, los hijos y los siervos de la casa. Jesús se dirigió al otro lado, donde había una especie de recreo, y se veían algunas chozas de las pasadas fiestas. Estaban reunidas todas las personas del lugar. Jesús habló, en parábolas, del sembrador y de los diversos terrenos y exhortó a los oyentes que habían estado en Meroz y habían escuchado sus sermones, que fuesen buenos terrenos para la semilla de su palabra. Cuando tomó Jesús de pie una pequeña refección con los suyos, en casa del viejo Simeón, éste rogó a Jesús quisiera tomar a su sobrino, a quien alabó por su destreza, para participar de su doctrina y de su reino. Jesús le contestó de modo semejante al que había dicho ya a Judas: "Cada uno está libre de tomar parte en ello, si es que no querrá dejar su parte a otro". No sanó aquí a ningún enfermo, porque habían sido llevados ya al monte de Meroz.

XX

Jesús en Dothan

Desde aquí se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el Oeste en dirección de su albergue; torció al Norte y entró en un valle, dejando una montaña a su derecha, y aquella donde enseñó, a la izquierda. Dejó la ciudad de Atharoth a la izquierda, se volvió al Norte y se encaminó hacia Dothan, en el valle al Este de Esdrelón. Al Este está una montaña y al Oeste el valle. Jesús fué acompañado por tres grupos de gentes que caminaban de vuelta de escuchar el sermón en la montaña y volvían a sus casas para la fiesta del Sábado. Jesús iba ya con uno ya con otro de estos grupos. Desde su albergue había como tres horas de camino hasta Dothan. Esta ciudad es tan grande como Münster. Tuve una visión de cuando Eliseo iba a ser apresado por los soldados de Jeroboam, pero fueron heridos de ceguera. Pasan dos caminos a través de Dothan, que tiene cinco puertas, y parten diversos caminos reales. Uno lleva de Galilea a Samaría y a Judea; los otros, vienen del otro lado del Jordán y llevan, a través del valle, a Apheke y a Tolemais, junto al mar. Comercian aquí con maderas. En estos contornos por las alturas de Samaría, hay mucha madera aún; por el Jordán, en cambio, y en Hebrón, y hacia el Mar Muerto, las montañas están peladas. Veo muchos talleres donde se trabaja en madera. Estos lugares están techados con tiendas y se preparan varias partes de las barcas como también tablas finas y delgadas para hacer tabiques y divisiones de piezas.

Delante de las puertas de la ciudad se cruzan varios caminos y allí se ven diversos albergues. Jesús entró con sus discípulos y se dirigió a la sinagoga, donde ya estaban reunidos muchos oyentes. Había fariseos, escribas y doctores. Debían conocer la llegada de Jesús, pues que fueron atentos saliendo a su encuentro, le lavaron los pies y le ofrecieron una refección. Luego le llevaron adentro y le dieron los rollos de la Escritura. La lectura versó sobre la muerte de Sara, el casamiento segundo de Abrahán con Ketura y la consagración de Salomón como rey. Después de esta enseñanza fué Jesús a un albergue, donde encontró a Natanael de Caná, a dos de los hijos de María Cleofás, los hijos de María Helí y a otros discípulos, que se habían reunido para el Sábado. Estaban en ese momento unos diez y siete discípulos reunidos. También habían venido para el Sábado las

personas que cuidaban la posesión de Lázaro en Ginea, donde había estado Jesús cuando iba a Atharoth.

Dothan es una ciudad antigua, bella y fuertemente edificada en un lugar muy hermoso; tiene montañas detrás, pero no está oprimida, y delante el espléndido valle de Esdrelón. Tampoco son las montañas tan quebradas y empinadas y los caminos son casi aquí mejores. Las casas están edificadas a la antigua, como en tiempos de David. Muchas tienen pequeñas torres en los ángulos de sus terrazas con grandes y redondas bolas arriba, donde se puede uno sentar y mirar el paisaje. Desde una de estas torres miró precisamente David hacia la casa vecina de Bersabé. Veo también sobre las terrazas y azoteas galerías con rosas, arbustos y plantas. Jesús estuvo en muchos patios de casas donde había enfermos, a los cuales sanó. Los habitantes le rogaban desde las puertas y Jesús entraba con los suyos. Los discípulos eran hablados, consultados y rogados que pidieran a Jesús por estos enfermos. También fué a un lugar apartado, donde había leprosos, y los sanó. Había muchos leprosos aquí, quizás de resultas de mezclarse mucho con gente extranjera que iban y venían. Además de la industria maderera, se ocupaban de introducir alfombras, seda cruda y diversos artículos que luego revendían por los contornos.

Algunos de esos artículos veo también en la casa del hombre enfermo que visitó Jesús por ruego de Natanael. Es una casa grande con patios y galerías, cerca de la sinagoga. Vive allí un hombre muy rico de unos cincuenta años, que se llama Isacar y padece de gota. Hace pocos días se había casado con una mujer más joven, de unos veinticinco años, llamada Salomé. Este casamiento tenía por fundamento una ley: era a semejanza del de Ruth con Booz. Se añadían a esa razón también las riquezas de esta Salomé. Las malas lenguas, especialmente los fariseos, hablaban mal de este casamiento y se había hecho este asunto una conversación general en la ciudad. Isacar y Salomé habían puesto sus esperanzas en lo que diría Jesús y desde la última vez ya habían deseado y esperado en Él. Esta casa tuvo relación con la Sagrada Familia en otros tiempos, pues cuando José y María fueron de Nazaret a la casa de Isabel, se hospedaron en esta casa, que era de los padres de Salomé, poco antes de la Pascua. José fué luego con Zacarías a las fiestas de la Pascua y cuando volvió a Hebrón, quedó María en esta casa. De este modo, estando Jesús aún en el seno de María, había encontrado aquí albergue cariñoso, y ahora venía como

Salvador a esta casa a recompensar la piedad de los padres sanando al hijo después de treinta y un años. Salomé era hija de esta familia y era viuda del hermano de Isacar; y este Isacar, viudo de la hermana de Salomé. De este modo toda la casa y sus posesiones venían a estar en su poder. Ambos eran sin hijos y los únicos sobrevivientes de una buena familia. Se casaron esperando en la bondad de Jesús que los habría de sanar. Salomé esperaba en la persuasión del parentesco con José, pues era también de Belén, y el padre de José solía llamar hermano al abuelo de esta casa, aunque en realidad no era su hermano carnal. Entre sus ascendientes tenían a alguno de la familia de David que, según recuerdo, fué también rey. Su nombre me suena como Ela. Debido a esta antigua amistad fué que María y José se alberguaron aquí. Isacar era de la tribu de Leví.

Cuando Jesús llegó a esta casa le salió al encuentro Salomé con sus criadas y siervos, se echó a sus pies y le pidió la salud de su marido. Jesús entró con ella en la pieza del enfermo, que estaba todo envuelto en su lecho. Era gotoso y de un lado estaba como insensible y sin movimiento. Jesús lo saludó y le habló cariñosamente. El hombre se sintió muy conmovido y se mostró muy amigable, a pesar de que no podía levantarse. Jesús oró, le tomó de la mano y le levantó. Entonces se incorporó el hombre, se cambió de ropa y se puso de pie, junto a su lecho. Luego él y su mujer se echaron de rodillas ante Jesús. Los exhortó, los bendijo, les prometió descendencia, y saliendo de la pieza con el hombre y la mujer, se fué adonde estaban los siervos y criados de la casa, que recibieron un gran contento. Esta curación quedó hasta esta hora en secreto. Isacar invitó a Jesús a entrar y albergarse en su casa con todos sus discípulos y a la comida con todos los suyos después de la enseñanza que tendría en la sinagoga. Jesús aceptó la invitación. Fué a la sinagoga, donde enseñó. Hacia el fin de la enseñanza comenzaron los fariseos y saduceos a disputar con Él. Se había llegado a la lectura del casamiento de Abrahán con Ketura y así se vino a hablar del matrimonio. Los fariseos trajeron a colación el matrimonio de Isacar con Salomé, y decían que era una locura que un hombre tan enfermo casara con una mujer joven. Jesús les dijo que éstos habían obrado según la ley. ¿Cómo podían ellos, que se daban por tan observantes, reprender este hecho? Ellos replicaron que cómo podía Él mantener en este caso la ley, siendo que no podían tener sucesión y bendición; que este casamiento era sólo un escándalo. Jesús les respondió: "Su fe

les ha traído la bendición. ¿Querrían ellos acaso poner límites a la omnipotencia de Dios? ¿No han contraído matrimonio, acaso, para cumplir la ley? Conforme el hombre esperó en que Dios le podía ayudar, hizo perfectamente. Añadió algo más: “No es esto lo que a vosotros escandaliza; esperabais que esta familia muriese sin sucesión y así pasasen los bienes a vuestras manos”. Recordó a otras personas piadosas que esperaron en Dios y fueron recompensadas con descendencia, y habló todavía muchas cosas sobre el matrimonio. Los fariseos enmudecieron.

XXI

Comida en casa de Isacar. El apóstol Tomás

Habiendo terminado el Sábado salió Jesús de la sinagoga y fué a casa de Isacar con sus discípulos. Isacar se sentó con Jesús y sus discípulos y parientes a una mesa y la mujer servía. Antes había Jesús sanado a muchos enfermos que se habían reunido delante de la sinagoga y en torno de la casa de Isacar. Era ya de noche y se iluminaba con antorchas. Algunos discípulos con otros invitados comían en otra sala. Estaban, entre otros, Judas Iscariote, Bartolomé y Tomás, con un hermano suyo y un hermanastro. Tenía otros dos hermanastros. Habían venido desde Apheke, a siete horas y se albergaban aquí donde Tomás era muy conocido por sus negocios.

Tomás no había hablado aún con Jesús, sino sólo con los conocidos que tenía entre los discípulos: era lo contrario de ser insinuante o entrometido. También Santiago el Menor había venido desde Cafarnaúm para el Sábado y otro Natanael hijo de la viuda Ana, una hija de Cleofás, que vive ahora junto a Marta en Betania. Era el menor de sus hijos ocupados en la pescadería de los Zebedeos. Tenía unos veinte años de edad, manso y amable y tenía mucho del carácter de Juan el Evangelista. Había sido educado en la casa de su abuelo Cleofás y lo llamaban el pequeño Cleofás, para distinguirlo del otro Natanael. He oído esto hoy cuando el Sábado Jesús dijo: “Llamadme al pequeño Cleofás”, es decir, a Cleofás el Menor. En esta comida sirvieron aves, pescados, miel y panes. Había muchas tórtolas, palomas y pájaros de varios colores, que corren como las gallinas en nuestras casas y que he visto volar hacia los valles hermosos de Jezrael. En la comida habló Jesús de María, que había estado aquí en su viaje, y que los padres le habían contado con

frecuencia, ponderando cuan joven, hermosa y piadosa era. De José también hablaron como de un hombre de cierta edad. Esperaba tener descendencia que Dios le daría ya que le había sanado por medio de este hijo de José. Ignoraba Isacar la procedencia divina de Jesús. Todos los discípulos se albergaron aquí en casa de Isacar. Había espaciosas galerías en torno de la casa, que fueron divididas para preparar los albergues para todos. En Dothan hay muy buenas gentes y también malas. Me parece que se puede comparar esta ciudad de edificación antigua con Colonia, en comparación con otras ciudades de Alemania.

Cuando a la mañana siguiente Jesús caminó en torno de la ciudad con sus discípulos, se acercó Tomás y pidió ser recibido en el número de sus discípulos. Dijo que quería hacer lo que Jesús le mandara, que quería seguirle; que estaba convencido, por lo que había visto y oído, que era verdad lo que Juan había anunciado de Él y de su misión. Pedía le dejase tomar parte en su reino. Jesús le dijo que lo conocía y sabía que él vendría a ser su discípulo. Tomás no quería aceptar esto; decía que no había pensado antes en ello; que no era amigo de apartamiento, y que recién ahora se había decidido por haberse convencido por sus milagros. Jesús le dijo: "Tú hablas como Natanael; te tienes por sabio y hablas neciamente. ¿Acaso el jardinero no conoce sus árboles y el viñatero sus viñas?" Y debiendo Él (Jesús) edificar y plantar un viñedo ¿no habría de conocer a los trabajadores que enviaría a la viña? Habló también de la cosecha de higos de una espina.

XXII

Mensajeros de Juan Bautista

Dos discípulos del Bautista enviados por él a Jesús, que habían oído su predicación en la montaña de Meroz y visto sus milagros, hablaron con Jesús y regresaron a Macherus. Pertenecían a los discípulos que se establecieron allí y habían sido catequizados por Juan, antes de su prisión. Eran muy partidarios de Juan y, como no habían visto aún las maravillas de Jesús, Juan los enviaba para que tuviesen ocasión de comprobar la verdad de lo que les había dicho de Jesús. Les enviaba a decir a Jesús que se manifestase claramente diciendo quién era y que fundase su reino sobre la tierra. Ellos dijeron a Jesús que estaban convencidos de todo lo que predicaba y del anuncio de

Juan sobre Él; preguntaban si no vendría pronto a librar a Juan de la cárcel. Añadían que Juan confiaba ser librado por Él de su prisión y deseaba que pronto fundase su reino y así pudiese dejar libre a su maestro. Decían que esta liberación de Juan sería una maravilla más útil que todas las que había obrado en favor de los enfermos. Jesús les dijo que Él sabía bien que Juan deseaba verse libre de la cárcel; que pronto sería librado; pero que Juan no creía que Él iría a librarlo de la prisión, puesto que Juan había preparado su camino. Díjole que refiriesen a Juan lo que habían visto y le dijese que Él cumpliría toda su misión. No sé si Juan sabía que Jesús sería crucificado y que su reino no sería terrenal. Me parece que también él creía que Jesús lograría convertir al pueblo y, librándolo de la dominación extranjera, fundar un reino santo sobre la tierra.

Hacia el mediodía fué Jesús con sus discípulos a la ciudad y a la casa de Isacar, donde se había reunido mucha gente, y estaban los servidores y la mujer ocupados en los preparativos para la comida. Caminando por la parte posterior de la casa de Isacar, se llega a un hermoso lugar donde hay un pozo muy bueno rodeado de edificaciones: a este pozo lo tienen por sagrado puesto que Eliseo lo había bendecido. Se había levantado un hermoso sitio para la enseñanza allí: habían cercado el lugar, rodeándolo de árboles con sombra. Había mucha gente reunida para oír la predicación de Jesús. Se acostumbraba durante el año, especialmente en la fiesta de Pentecostés, tener públicas enseñanzas aquí. Se habían colocado bancos largos, arreglado sitios para cocinar y terrazas para atender a las caravanas de viajeros que venían a las fiestas de Pascua en Jerusalén. La casa de Isacar, que estaba más cerca, tenía el encargo de vigilar el pozo y este lugar con los arreglos que se habían hecho allí. Tenía Isacar una especie de casa de almacenaje para los viajeros. Las caravanas descargaban sus mercaderías y se enviaban a otras partes; de modo que a menudo se albergaban aquí, comían y descansaban muchos viajeros, sin que fuese en realidad una hospedería. Un negocio semejante he visto que tenía el padre de la novia de Caná de Galilea. El hermoso pozo tenía el inconveniente de que el agua estaba muy profunda y costaba trabajo sacarla con las bombas: el agua corría por canales a diversos recipientes que estaban en torno.

XXIII

Los fariseos y saduceos se irritan contra Jesús

En torno del pozo se había reunido mucha gente por invitación de Jesús y de Isacar. Jesús habló al pueblo del cumplimiento de la promesa, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la conversión y de cómo se debe pedir la misericordia de Dios para recibir la gracia y los milagros. Habló de Eliseo que había enseñado aquí, y cómo los sirios, que habían querido prenderlo, fueron heridos de ceguera; Eliseo los llevó de este modo a Samaría, los entregó en manos de los enemigos, y los hizo servir y alimentar por ellos, no permitiendo que los matasen, y cómo luego les devolvió la vista y los condujo de nuevo al rey que los había enviado a prenderle. Todo esto lo explicó y aplicó al Hijo del Hombre y a las persecuciones de los fariseos. Enseñó por largo tiempo de la oración y de las buenas obras; habló de la oración del fariseo y del publicano, y cómo se debían adornar y ungir en los días de ayuno y no pavonearse delante de la gente como observantes y piadosos. El pueblo se sentía muy consolado por esta predicación, pues los pobres eran muy oprimidos por los fariseos y saduceos.

Los fariseos y saduceos estaban sumamente irritados al ver esta numerosa asamblea que escuchaba la palabra de Jesús, máxime cuando vieron a Isacar aparecer entre el pueblo, sano, bueno y gozoso, repartiendo con los discípulos la comida a los oyentes que habían colocado sobre los asientos de piedra. El enojo de los fariseos fué tal que no pudieron contenerse y se arrojaron contra Jesús como si quisieran echar sus manos sobre Él. Comenzaron por reprenderle de que curaba en Sábado. Jesús les respondió que le escuchasen quietos hasta el fin. Los colocó en círculo y les repitió lo que ya había dicho en otras ocasiones a los más audaces: "Si tú, en un día de Sábado cayeses en este pozo, ¿no desearías ser sacado de aquí aunque fuese Sábado?" De este modo continuó hablando hasta que, avergonzados, se retiraron de allí.

Jesús abandonó con sus discípulos la ciudad, bajando a un valle hacia el Oeste, que corría de Sur a Norte. Isacar se mostró muy generoso en Dothan repartiendo víveres. Mandó asnos cargados de toda clase de comida a los diversos albergues de la comunidad de Jesús y cambió los víveres algo viejos con otros nuevos. Les proveyó también de recipientes, como los he

visto en Caná y vasijas de una materia blanca con asa para llevar y colgar: los corchos son como esponja prensada. Estos recipientes tenían una bebida refrescante a base de bálsamo. Isacar entregó a cada discípulo monedas para sus necesidades y para limosna a los pobres. Judas Iscariote y otros discípulos se volvieron a sus hogares. Jesús retuvo a nueve: entre ellos a Tomás, Santiago el Menor, Judas Barsabás, Simón Tadeo, a Cleofás el Pequeño (Natanael), a Manahem y a Saturnino.

Cuando Jesús se alejó comenzó entre los fariseos el comentario irónico e hiriente. Decían a las gentes: “Ya veis lo que es Él... Se dejó tratar bien por Isacar... Sus discípulos son unos pobres hambrientos, que se han juntado para ser sustentados por otros... Si Él fuera lo que debía ser, se quedaría en su casa a cuidar a su pobre Madre... Su padre fué un pobre carpintero; pero como a Él no le gusta trabajar, se dió a recorrer el país y a promover desórdenes por todas partes”.

Cuando Isacar repartía sus bienes, le oí que decía: “Tomad, tomad, por favor... Esto no es mío: pertenece al Padre celestial. Agradeced a Dios. A mí sólo se me han prestado estos bienes”.

XXIV

Jesús se dirige desde Dothan a Endor

Después de cinco horas de camino llegaron Jesús y sus discípulos, por la noche, a un solitario albergue donde sólo había algunos lechos para descansar. Había un pozo allí cerca, de tiempos del patriarca Jacob. Los discípulos juntaron algunas astillas para hacer fuego. Durante el camino habló Jesús mucho, para enseñanza especialmente de Tomás, Simón, Manahem, Cleofás el Menor y para los recién venidos. Les habló de su seguimiento, de abandonar todas las cosas sin mirar atrás, sino con pleno convencimiento de lo despreciable que son las cosas y riquezas terrenas: que todo lo que abandonarían ahora lo iban a encontrar centuplicado en el reino de los cielos. Les dijo que midieran sus fuerzas para ver si se sentían con ánimo de dejarlo todo.

A algunos de los discípulos no les había agradado la presencia de Judas Iscariote, especialmente a Tomás. Se lo dijo claramente a Jesús: “Este Judas de Simeón no me agrada; con toda facilidad dice hoy sí, para decir mañana no”. Preguntó

por qué lo había recibido ya que había sido insoportable para otros. Jesús dió una respuesta evasiva, como diciendo que esto como otras cosas estaban ya desde la eternidad en los juicios de Dios. Cuando los discípulos se hubieron retirado al descanso, Jesús salió solo para orar en la montaña.

A la mañana vinieron algunos de la vecina ciudad de Sunem, que está a un par de horas al Este, y le rogaron quisiera visitar su ciudad, pues tenían a niños gravemente enfermos, rogándole quisiera sanarlos. Ya le habían esperado otras veces. Jesús contestó que por ahora no podía ir, porque otros le esperaban; que les enviaría a algunos discípulos. La gente replicó que no tenía confianza en ellos: que ya habían estado otros con ellos y no habían podido sanarlos. Le rogaban viniese Él mismo. Jesús les dijo que tuviesen paciencia por el momento, y se despidieron de Él. Jesús se dirigió con los suyos a Endor.

En el camino de Dothan a Endor se encuentran dos pozos de Jacob, en los cuales solían abreviar sus ganados. Por este motivo tenían frecuentes disputas con los amorritas. En Jezrael, cerca de Endor, tenía Lázaró una posesión. Joaquín y Ana tenían un campo hacia el Noreste de Endor, adonde Ana acompañó a María en su camino a Belén. De este campo fué el asnillo que le dieron a José y que precedía libre a José y María en su camino a Belén. Joaquín tenía un campo del otro lado del Jordán, hacia el desierto y el bosque de Efraim, no lejos de Gaser. Allí se había ocultado Joaquín para orar cuando salió tan triste del templo de Jerusalén. Allí recibió la orden de marchar a Jerusalén, donde lo encontró Ana en la puerta dorada. Jesús quedó delante de Endor en una hilera de casas, y enseñó. A ruego de varios entraba en las casas para sanar a los enfermos, a algunos de los cuales los habían traído desde Endor. Había entre ellos algunos paganos que se mantenían algo alejados.

Un pagano de Endor se acercó a Jesús, con un niño de siete años, que tenía un demonio mudo tan fiero que a veces debían tener atada a la criatura. Cuando el hombre se acercó, el niño se enfureció, se soltó de las manos del padre y se ocultó en una cueva de la montaña. El padre se hincó delante del Señor y le expuso su miseria. Jesús se dirigió a la cueva y mandó al niño que se presentase. Vino muy humilde y se echó a los pies de Jesús, que le impuso las manos y mandó al demonio que saliese de él. El niño cayó como en un desmayo, y salió el diablo de él en forma de un oscuro vapor. Se levantó entonces el niño y corrió hacia su padre, hablándole. El padre lo abrazó y ambos

se hincaron delante de Jesús, dándole gracias. Jesús amonestó al padre y le dijo que ambos fuesen a Ainón y se dejasen bautizar.

Jesús no entró en la ciudad de Endor. En esta parte exterior de la ciudad había mejores edificios que adentro. Endor parece una ciudad muerta, porque una parte está llena de edificios caídos y ruinosos. Crece la hierba en las calles. Viven allí muchos paganos que parecen estar obligados a algún trabajo público. Los pocos judíos ricos que hay miran a través de sus ventanas y vuelven la cabeza como si temieran les robasen por detrás su oro y sus riquezas. Desde aquí se dirigió Jesús hacia el Noreste, como a dos horas de camino, a un valle que corre desde Esdrelón al Jordán por la parte Norte de las montañas de Gelboé. En este valle está, sobre una montaña, como una isla, la ciudad de Abez, rodeada de jardines y alamedas. Un río corre delante y al Este, en el valle, hay un pozo hermoso, que llaman de Saúl, porque aquí fué herido este rey. Jesús no entró en la ciudad, sino que anduvo por la parte Norte, en la ladera de la montaña, hasta una hilera de casas entre jardines, huertos y campos cultivados donde había montones de haces de trigo.

Jesús entró en un albergue donde lo esperaban parientes de edad, hombres y mujeres. Le lavaron los pies y le ofrecieron un hospedaje sincero y de corazón. Eran quince: nueve hombres y seis mujeres. Le habían avisado de antemano que querían reunirse con Él en este lugar. Algunos tenían hijos y criados consigo. Casi todos eran de edad, parientes por Ana, por Joaquín o por José. Uno era medio hermano de José, y habita en el hermoso valle de Zabulón; el otro era el padre de la novia de Caná; otros eran parientes de Ana, de Séforis, donde había Jesús sanado al niño ciego de uno de ellos en su última estada en Nazaret. Todos habían llegado montados en asnos para tener el gusto de ver y de hablar con Jesús.

Expresaron el deseo de que se estableciese en un lugar fijo para no tener que estar expuesto a las incomodidades de sus continuos viajes: se ofrecían a buscarle un lugar tranquilo donde pudiese enseñar y donde no le molestasen los fariseos. Le pintaron con vivos colores el peligro a que se exponía, porque los fariseos y otras sectas estaban muy irritados con su predicación. "Reconocemos, decían, tus obras maravillosas; pero elige Tú una morada fija donde puedas enseñar en paz, para que no estemos siempre inquietos por tu causa". Empezaron a nombrar varios de los lugares más apropiados. Todo esto lo hacían

lentos de amor y de sencillez por amor de Jesús. Estaban preocupados por las malignas cosas que oían sobre Jesús. Jesús les contestó con fuerza, aunque lleno de amor, muy diferente de lo que hablaba con el pueblo y aún con los discípulos. Les dijo con claridad que se cumplían los tiempos de la promesa y que Él debía cumplir la voluntad de su Padre que está en los cielos. Dijo que no había venido para descansar, ni para algunos solamente, ni para sus parientes solos, sino para todos los hombres. Añadió que el amor no puede estarse quieto: quien desea ayudar a los necesitados, debe buscarlos; las comodidades de esta vida no le interesaban; que su reino no era de este mundo. Se dió mucho trabajo para explicar a estas buenas gentes, que lo admiraban cada vez más y comprendieron algo mejor. El amor que le tenían y su admiración creció. Paseó con algunos de ellos por las montañas, y a la sombra de los árboles les enseñaba y consolaba. Luego habló de nuevo con todos juntos. De este modo pasó todo el día. Después todos juntos tomaron una cena muy parca, de pan, miel y frutas secas que habían traído consigo.

La misma noche le trajeron los discípulos a un joven hijo de un maestro de Endor. Era un estudiante y quería ser maestro en una de las escuelas del lugar. Pidió a Jesús le recibiese como discípulo porque había estudiado; podía ser empleado en seguida en algo y así le pedía una ocupación. Jesús le dijo que esto no podía ser: que la ciencia que Él buscaba era de otra clase y que, por lo demás, estaba muy apegado a la tierra. Esto diciendo lo desechó como discípulo. Al día siguiente, hacia el mediodía, partieron los parientes hacia el monte Tabor, donde se dividirían en diversas direcciones. Jesús había conseguido consolar, fortalecer y convencer a todos esos buenos y ancianos parientes. No habían entendido todo, pero se aquietaron y partieron convencidos que habían oído palabras divinas; que obraba bien haciendo así y que conocía su misión mejor de lo que ellos lo entendían. Más conmovedor aún que el encuentro fué la despedida: entre lágrimas de ternura y con tierna conmoción se despedían, con sonrisas, lágrimas y señales con la mano; montados ya en sus asnos se saludaban; algunos marchaban a pie, con largos bastones de camino y los vestidos ceñidos; iban en dirección del valle. Jesús y los suyos los acompañaron un trecho, después de haberles ayudado a empaquetar la ropa y subir a los asnos.

XXV**Jesús en Abez y en Dabrath, junto al Tabor**

Jesús partió con los suyos, atravesando el valle, a un cuarto de hora al Este de Abez, y se dirigió a un hermoso pozo donde varias mujeres sacaban agua. Cuando lo vieron, algunas se fueron presurosas a las casas vecinas de Abez, y pronto ocudieron varios hombres y mujeres al encuentro de Jesús. Traían vasos, telas, pan y pequeñas frutas en cestos; lavaron los pies y dieron una refección a Jesús y a los discípulos. Como se reunieron otros más, Jesús comenzó a enseñar allí mismo. Luego lo llevaron a la ciudad, donde le salieron al encuentro, de todas las casas y ángulos de las calles, muchos niños, niñas y jovencitos, con coronas de flores y bandas con inscripciones, y lo fueron acompañando. A los discípulos les pareció molesta la presencia de tantos niños, y quisieron alejarlos de allí; pero Jesús los vió y les dijo: "Id vosotros más atrás y dejad a los niños venir adelante". Entonces los niños se agolparon a su alrededor. Jesús abrazaba a unos, acercaba a otros y bendecía a todos. Los padres y las madres miraban desde las puertas de sus casas y desde las galerías.

Jesús entró en la sinagoga y enseñó. Por la tarde sanó a algunos enfermos en las casas donde entró. Hubo una gran comida en una de las chozas que aún había quedado; tomaron parte en la cena muchos de la ciudad. El discípulo Tomás partió de Endor para Apheke. Aquí, en Abez, he visto que algunas mujeres, con flujo de sangre, venían calladas y veladas, se acercaban a Jesús, tocaban el ruedo de sus vestidos y se sentían sanas. En las ciudades grandes no se permitían a tales enfermas acercarse a otros; en las pequeñas poblaciones esto no era tan estricto. Llegó en esto un mensajero de Caná. El príncipe de la ciudad le rogaba que acudiese en seguida, porque su hijo estaba gravemente enfermo. Jesús le dijo que se tranquilizase y esperase un poco. Vinieron dos mensajeros judíos de Cafarnaúm, enviados por el hombre pagano que había rogado a sus discípulos en favor de su criado enfermo. Pedía con instancia a Jesús quisiera venir a Cafarnaúm porque el criado estaba por morir. Jesús les dijo que iría a su tiempo, que por ahora el criado no moriría. Estos mensajeros se quedaron para escuchar su enseñanza. Los habitantes de Abez eran, en su mayor parte, gileaditas de Jabes. En tiempos del sacerdote Helí se habían esta-

blecido a raíz de una disputa entre los habitantes de Gilead, que fué zanjada por el juez de entonces, radicándose aquí estos habitantes. Junto al pozo de Abez fué herido Saúl y murió en la altura, más al Sur. Por eso lo llaman el pozo de Saúl. Las gentes son de mediana condición y viven la mayor parte de ellas de hacer canastos y esteras de juncos y de mimbres que se producen en abundancia en los lugares pantanosos de la región. Hacen viviendas ligeras de mimbres y juncos que se pueden recoger, y se ocupan también de cultivar los campos y criar animales en sus praderas.

XXVI

Saúl y la pitonisa de Endor

Los israelitas estaban delante de Endor, junto a Jezrael, mientras los filisteos salían de Sunem contra ellos. La batalla había ya comenzado cuando Saúl, con dos hombres, vestidos a modo de profetas, se dirigieron por la noche a casa de la pitonisa de Endor. Ésta vivía fuera de la ciudad en una vivienda ruínosa. Era una mujer despreciable, que no tenía medios de vida, aunque no era aún vieja. Su marido solía viajar con un canasto sobre los hombros, donde tenía muñecas y otros artefactos, y se ocupaba de juegos de prestigio y de magia entre soldados y gente de mal vivir.

Cuando Saúl llegó a casa de la pitonisa estaba casi desesperado. Ella se negaba a satisfacer su pedido porque pensaba que sería acusada ante Saúl, que perseguía a las brujas y magas. Saúl le juró con toda formalidad que no le sucedería nada de malo. Entonces la maga lo sacó de su habitación, que estaba bien ordenada, y lo llevó a un sótano. Saúl pedía que le evocara la sombra de Samuel. La bruja comenzó por dibujar un círculo en torno de Saúl y sus acompañantes; escribió letras y signos en torno del círculo, y con lana de color hizo diversas figuras alrededor de Saúl. Estaba de frente a Saúl y tenía otra pieza al lado. Delante de ella había un vaso de agua en el suelo y en las manos manejaba unas placas, como espejos, sobre las aguas. Pronunció palabras y clamó algunas veces en voz alta, y le dijo a Saúl a través de cuales hilos de lana que había cruzado tenía que mirar. De este modo, por arte del demonio, solía mirar acciones guerreras, batallas y personas, y así quería formar delante de Saúl una imagen de Samuel. Cuando, empero, comenzó

su artificio, vió de pronto ella misma una aparición delante y asustándose dejó caer los espejos sobre el recipiente de agua, y gritó como fuera de sí: "Me has engañado; tú eres Saúl". Entonces le dijo Saúl que no temiera y preguntó qué veía. Ella respondió: "Veo que se levantan santos de la tierra". Como Saúl no veía nada, preguntó cómo eran esos santos. La mujer estaba en extremo asustada, y dijo: "Veo un anciano con vestiduras sacerdotales". Hizo adelantarse a Saúl y ella huyó de la caverna. Saúl en ese momento vió a Samuel y se echó de bruces al suelo. Preguntó Samuel por qué le había incomodado en su reposo y dijo que el castigo de Dios iba a caer sobre él; que mañana mismo estaría entre los muertos y que los filisteos vencerían a los israelitas; y que David sería rey. Después de oír esto Saúl quedó postrado en tierra como muerto. Lo levantaron y lo arrimaron a la pared. Los acompañantes quisieron reanimarlo y la mujer trajo pan y carne, pero Saúl nada quiso comer. La mujer le aconsejó no ir a la batalla, sino a Gilead, que allí sería bien recibido, y Saúl llegó al amanecer.

En ese momento eran vencidos los israelitas en las montañas de Gilboé. No todo el ejército llegó donde estaba Saúl, sino una parte. Saúl estaba sobre un carro y otro iba detrás de él. Los filisteos, que perseguían a los fugitivos, tiraban sus flechas y lanzas contra él, sin saber que era Saúl. Así fué herido gravemente y su acompañante guió el carro a la parte Sur del valle, fuera del camino donde estuvo Jesús con sus parientes. Cuando Saúl sintió que se moría pidió a su acompañante que le matase; pero éste no quiso hacerlo. Entonces se inclinó Saúl en el mismo carro, que tenía una baranda adelante, sobre la punta de su daga, pero no pudo hacer mayor fuerza. Entonces removiό su acompañante esa baranda movable que tenía el carro delante y Saúl cayó sobre su daga. El acompañante también se echó sobre su espada. En esto llegó un amalecita y reconoció a Saúl, se acercó, tomó sus arreos y se los llevó a David. Después de la batalla se trajo el cadáver de Saúl y el de sus hijos y se pusieron juntos. Éstos habían caído muertos más al Este y antes que él. Los filisteos cortaron con hachas sus cuerpos.

El río de aquí se llama Kadumim y se nombra en el himno de Débora (Jueces, 5-21). Aquí estuvo también algún tiempo el profeta Malaquías e hizo algunas profecías. Abez está como a tres horas de Scytópolis, ciudad pagana.

XXVII**Dabrath. Conversión de una adúltera**

Desde el pozo anduvo Jesús todavía un trecho hacia el Este, y luego torció al Norte. Subió la altura Norte del lugar y después de tres horas llegó a la ladera del Tabor en la parte del Este, donde corre el torrente Kisón, que viene de la parte Nor-este y va en dirección del campo de Esdrelón. Aquí se encuentra la ciudad de Dabrath, en un barranco de la primera terraza del Tabor, mirando a la altura de Sarón, en la dirección donde el Jordán sale del mar de Galilea. Jesús se quedó fuera de la ciudad en un albergue, y al día siguiente entró en la ciudad, donde se agolparon muchas gentes en torno suyo. Sanó a algunos enfermos; pues aquí no hay muchos por ser al aire sano y saludable.

La ciudad está bien edificada. Recuerdo una casa de allí que tenía un amplio patio y columnas con escaleras para subir sobre la terraza de la casa. Detrás de la ciudad asoma una ladera primera de la montaña del Tabor y veo sendas serpenteando hasta la altura. Para llegar arriba se emplean dos horas de camino. En torno de los muros de la ciudad veo estacionados soldados romanos: es esta ciudad un puesto de recaudación de impuestos. Tiene como cinco partes donde viven personas de diversas profesiones. No está junto a un camino real; hay que andar media hora para llegar al camino principal. Tiene, sin embargo, mucho comercio. Es una ciudad de levitas. Los postes de los límites con Isacar corren a una media hora de aquí. La sinagoga y la casa adonde entró Jesús están en un sitio des-
dejado.

Ahí vive un hijo de uno de los hermanos de San José, que se llamaba Elía y tenía cinco hijos, de los cuales uno, de nombre Jesse, reside aquí: es un hombre de edad. Su mujer vive aún y tienen seis hijos: tres varones y tres mujeres. Dos de los hijos tienen ya dieciocho y veinte años de edad: se llaman Kaleb y Aarón. El padre pidió a Jesús los recibiese como discípulos y Jesús accedió. Irán con Él cuando Jesús vuelva por estos lados. Este Jesse tiene un empleo entre los levitas y está al frente de un taller de tejidos. Compra lana, la cual es aquí lavada, hilada y tejida; fabrican finos tejidos. Veo lo largo de una calle toda llena de los obreros de Jesse. Posee un edificio grande donde trabajan prensando hierbas que crecen en el

Tabor y parte de las cuales traen del extranjero para colorear los tejidos. Hacen también recipientes prensados para agua y licores. Veo artesas donde son prensadas esas hierbas con pesados mazos y hay cañerías que llevan fuera de la casa los líquidos. Hacen también un aceite de mirra. Jesse es muy piadoso, como toda su familia: sus hijos van todos los días al Tabor a rezar y él los acompaña muchas veces. Jesús se alberga ahora con sus discípulos en su casa.

Vivían aquí fariseos y saduceos y había una especie de consistorio; por eso tuvieron una reunión para tratar cómo habían de contradecir las enseñanzas de Jesús. Fué por la tarde con los discípulos al monte Tabor, donde se había reunido ya bastante gente y enseñó al resplandor de la luna hasta muy entrada la noche. En la parte Sudeste del monte hay una cueva rodeada de un jardincito, donde solía vivir el profeta Elías con sus discípulos como solía hacerlo otras veces el Carmelo. Ahora estas cuevas son lugares de oración para los piadosos israelitas. En la parte Norte de la montaña hay un lugar llamado Tabor, que da el nombre a la montaña, y al Oeste, a una hora de camino, hay otro poblado fortificado. La ciudad de Chasaloth está en el valle, en la parte Sur del monte, al Norte de Naím y mirando a Apheke: es la parte más saliente de Zabulón en esta región.

He oído también otro nombre y he visto que en este lugar vivieron parientes de Jesús, una hermana de Santa Isabel, llamada Rhode, como la criada de María Marcos. Esta Rhode tenía tres hijas y dos hijos. Una de estas hijas era una de las viudas amigas de María que tenía sus dos hijos entre los discípulos de Jesús. Uno de los hijos de esta Rhode casó con Maroni. Cuando murió el marido casó esta viuda sin hijos, según la ley, con Eliud, sobrino de Santa Ana. Tuvo por hijo a Marcial y se retiró a vivir a Naim. Viuda por segunda vez, es la viuda de Naim, cuyo hijo Marcial resucitó Jesús.

Jesús enseñó delante de la sinagoga. Habían traído a muchos enfermos de todos lados y los fariseos estaban muy contrariados. En esta ciudad de Dabrath vivía una mujer rica, llamada Noemí, que había sido muy infiel a su marido, el cual murió de disgustos. Ahora vivía con un jefe de negociantes, al cual había prometido casamiento y había engañado también. Esta mujer había oído la predicación de Jesús en Dothan y estaba ahora completamente cambiada y arrepentida. Llena de dolor pedía acercarse a Jesús para obtener perdón y penitencia. Había acudido aquí y

buscaba todos los medios de acercarse a Jesús; pero Jesús se apartaba siempre de su encuentro. Era muy conocida en el país y aún respetada, porque no se conocía públicamente su mal vivir. Como tratase de todas maneras de acercarse a Jesús, los fariseos se lo impedían preguntando si no tenía vergüenza de venir aquí. Ella no se dejó vencer por esta resistencia de los fariseos y seguía, llena de dolor, con deseos de hablar a Jesús. Al fin se abrió paso entre la gente y se echó a los pies de Jesús, diciendo en alta voz: "Señor, ¿hay perdón aún y gracia para mí? Señor, ya no puedo vivir así. Yo he pecado gravemente contra mi marido. He engañado también al hombre que ahora está al frente de mi casa". De este modo confesó sus culpas delante de todos los presentes. En verdad no la oían todos, porque Jesús se había apartado algún tanto y había mucho ruido que hacían los fariseos que se habían adelantado entre la multitud. Cuando Jesús le dijo: "Levántate, tus pecados te son perdonados", ella pidió penitencia. Jesús la despidió para otra ocasión. Al punto ella se despojó allí mismo de todas sus joyas, alhajas, anillos, brazaletes, perlas y piedras preciosas que llevaba y las entregó a los fariseos para que los distribuieran entre los pobres. Luego bajó el velo sobre su rostro.

Entró Jesús en la sinagoga donde enseñó, porque había comenzado el Sábado. Los fariseos y saduceos, irritados, lo siguieron. Se leyó en la sinagoga de Jacob y de Esaú (I Moisés 25, 19-34) y de Malaquías (1 y 2). Jesús explicó el nacimiento de Esaú y de Jacob al tiempo presente. Esaú y Jacob peleaban ya en el seno de su madre; ahora lo hacen la sinagoga y los hombres piadosos. La ley dura y agreste nació antes, como Esaú; pero vende su derecho de primogénito por un plato de lentejas, por el gusto de pequeñas observancias, usos y costumbres exteriores, a Jacob, que recibe la bendición y la herencia: se hace un gran pueblo, de modo que el mismo Esaú tiene que servir a Jacob. Toda esta explicación fué muy hermosa y los fariseos nada pudieron contradecir, aunque disputaron con Jesús largamente. Le reprochaban que buscaba seguidores, levantaba posadas en todas partes, derrochando mucho dinero de viudas ricas, dañando a las sinagogas y a los maestros de los pueblos. Que esto sucedía con la rica Noemí, y preguntaban cómo podía Él perdonar los pecados.

Al día siguiente Jesús no fué a la sinagoga, sino a la escuela de los niños y las niñas. Estos escolares estuvieron después en una comida con Jesús, que les dió Jesse en los patios de su casa;

Jesús los exhortó allí y los bendijo. Vino también la convertida Noemí, con su hombre, y Jesús habló a cada uno en particular, y luego a ambos juntos. La mujer no debía, con los sentimientos que ahora tenía, casarse con ese hombre, que era de más humilde condición. La mujer le dió al hombre una parte de sus riquezas y lo demás lo puso a disposición de los pobres, reservándose sólo para su manutención.

XXVIII

Juegos a la conclusión del Sábado

Después de la comida del Sábado, cuando los judíos paseaban, vinieron muchas judías a casa de Jesse, donde se entretuvieron con la mujer de Jesse en un juego de Sábado. Estaba presente la convertida Noemí. Jesús presidió este juego, que era un conjunto de parábolas, de acertijos y de preguntas, por las cuales cada una se sentía profundamente conmovida. Tales preguntas eran, por ejemplo: "Dónde cada una tenía su tesoro; si ejercía usura con él; si lo tenía escondido; si lo partía con el marido; si lo dejaba a los criados; si lo traía a la sinagoga; si tenía el corazón apegado a él". Otras cosas se referían a la educación de los hijos, al cuidado de los siervos. Jesús habló también del óleo y de las lámparas: de tener la lámpara encendida, del derramar el óleo; y todo lo explicaba en sentido espiritual. Al ser preguntada una mujer y al contestar, muy satisfecha: "Sí, Maestro, yo tengo mi lámpara del Sábado muy bien en orden", fué burlada por las vecinas, porque no había entendido que Jesús decía todo eso en sentido espiritual. Jesús daba siempre una explicación muy acertada, y las que equivocaban las respuestas o no sabían la solución de los acertijos, tenían que dar, por penitencia, una limosna a los pobres. Ésta última tuvo que dar un trozo de tela. A veces Jesús escribía con una caña en la arena y las mujeres debían dar la contestación a las cuestiones propuestas. De este modo Jesús le descubría a cada una sus defectos ocultos y sus inclinaciones viciosas, sin que por eso tuviera que avergonzarse delante de las demás. Estas amonestaciones se referían especialmente a las faltas que se solían reprender en las fiestas de los Tabernáculos y donde con la mayor libertad y alegría, propias de tales festividades, se solían cometer mayores faltas por la ocasión. Algunas de estas mujeres hablaron luego a solas con Jesús reconociendo sus pecados y

pedían penitencia y perdón. Jesús las consolaba y las exhortaba, perdonando sus pecados. Durante estas enseñanzas y entretenimientos estaban sentadas las mujeres sobre alfombras, apoyándose sobre asientos de piedra, y en semicírculo, en los pórticos de la casa. Los discípulos y los amigos presenciaban desde cierta distancia. No se hablaba en voz alta, porque podían los espías escuchar detrás de las paredes o asomarse en lo alto de las mismas, pues se hacía esta diversión al aire libre. Estas mujeres habían traído a Jesús toda clase de hierbas aromáticas, confites, perfumes y otras delicadezas, que Jesús entregó a los discípulos para que los repartiesen a los pobres enfermos, a quienes nunca llegaban semejantes regalos.

Antes que Jesús se dirigiese a la sinagoga, para la conclusión del Sábado, mandaron los herodianos un mensaje a Jesús invitándolo a un determinado lugar de la ciudad donde querían hablar con Él. Jesús dijo al mensajero: “Decid a esos hipócritas que sus malas lenguas las usen en la sinagoga, que allí responderé a ellos y a los otros”. Dijo todavía otras palabras severas a estos hombres, y luego se dirigió a la escuela.

La enseñanza del Sábado trataba de nuevo sobre Esaú y Jacob, de la ley y de la gracia, de los hijos y de los siervos del Padre. Habló tan severamente contra los fariseos, saduceos y herodianos, que éstos se irritaron cada vez más. El peregrinar de Isaac de un lugar a otro por el hambre y el taparle los pozos, como hacían los filisteos, los explicó haciendo referencias a su misión de predicar y a las persecuciones de los fariseos. De Malaquías enseñó que ahora se cumplía lo que había profetizado: “Mi nombre será grande en los confines de Israel: de Oriente a Occidente será mi nombre honrado entre las gentes”. Les recordó los caminos que había hecho ya para glorificar el nombre del Señor, a un lado y a otro del Jordán, y que continuaría hasta cumplir su misión, y las palabras: “Un hijo debe honrar a su padre y un siervo a su señor”, las explicó con severidad contra ellos. Éstos estaban muy corridos e irritados, pero nada pudieron hacer contra Jesús. Cuando la gente salió de la sinagoga y Jesús y los discípulos se disponían también a salir, los fariseos le cerraron el camino en un corredor, lo rodearon allí y le dijeron que debía oír lo que dirían: que no debía decir esas cosas al pueblo; e hicieron toda clase de preguntas capciosas, especialmente con respecto a los romanos que allí tenían su cuartel. Jesús les contestó de tal manera, que tuvieron que callar. Cuando finalmente quisieron, primero con adulaciones, y luego

con amenazas, imponerle que dejase de andar con sus discípulos de un lado a otro, dejar de sanar a enfermos, de enseñar, pues de otro modo lo acusarían como perturbador del orden y revolucionario, les contestó Jesús: "Donde Yo vaya encontraréis siempre a mis discípulos, a los enfermos, a los ignorantes, a los pecadores, a los pobres, a los que vosotros culpablemente dejáis pobres, enfermos e ignorantes". Como nada pudieron hallar contra Él, dejaron la sinagoga, y se mostraron aparentemente cor-teses, aunque internamente estaban llenos de rabia y de encono.

XXIX

El pagano Cyrino, de Chipre

Desde la escuela se fué Jesús, al anochecer, con los discípulos y las gentes que le habían esperado, hacia el monte Tabor. Allí estaban reunidos otros más y algunos parientes. Él se sentó en el monte y abajo y a sus pies estaban los oyentes, en parte sentados, en parte echados en el suelo. Era una noche clara de luna. Enseñó allí hasta muy avanzada la noche. Solía hacer esto con grupos de personas mejor dispuestas, después de un día de intenso trabajo. El silencio nocturno, la quietud de la hora hacen que los hombres estén menos distraídos; la vista del cielo, las estrellas, el frescor del aire mantienen los ánimos mejor dispuestos. Oyen su voz más claramente, confiesan más fácilmente sus culpas, no se avergüenzan tanto, llevan las enseñanzas a casa, sin distracciones piensan sobre las cosas oídas. Esto sucedía en esta región hermosa del Tabor, con la extensa vista del panorama y por ser este monte venerado en especial modo por haber estado allí los profetas Elías y Malaquías.

Cuando Jesús, finalmente, se dirigía a su albergue esa noche se le acercó en el camino un comerciante pagano, venido de Chipre, que había oído su predicación en el monte. Vivía este hombre en el conjunto de casas que eran de Jesse, porque tenía negocios con éste en especias y jugos de hierbas aromáticas. Por modestia se había mantenido hasta entonces retirado. Ahora lo tomó Jesús aparte, en una sala de la casa, y habló con él a solas, como con Nicodemus, le informó de todas las cosas y le contestó todas las preguntas que el extranjero le hizo con mucho interés y humildad. Este pagano, hombre sabio y noble, se llamaba Cyrino. Hablaba de estas cosas con mucho conocimiento y recibía las enseñanzas de Jesús con indecible humildad y contento. Jesús,

por su parte, se mostró muy amable y lleno de confianza con él. Cyrino confesó que hacía tiempo había reconocido la inutilidad del culto de los llamados dioses y que había deseado prefesar la religión judaica; pero que había una cosa que le producía repugnancia extrema: la circuncisión. Preguntaba si no era posible, sin la circuncisión, llegar a la salud. Jesús habló sobre el sentido oculto de esta ceremonia, y le dijo que él debía circuncidar sus sentidos y sus malas pasiones, y que sin la circuncisión bastaba que fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que circuncidase su lengua y su corazón, en lugar de su carne. Preguntó entonces Cyrino por qué no enseñaba esto clara y públicamente; le parecía, añadió, que muchos paganos se convertirían al saber esto. Jesús le respondió que si se decía esto al pueblo ciego, ahora, lo matarían; que había que tener consideración con los flacos y no escandalizarlos. Añadió que podían suscitarse diversas sectas y que, por lo demás, para algunos paganos era esto un sacrificio saludable. Por otra parte, como había llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa, se había cumplido el pacto de la circuncisión de la carne, y ahora era el tiempo de la circuncisión del corazón y del espíritu, en lugar de la antigua de la carne. El hombre preguntó sobre la extensión y valor del bautismo de Juan, y Jesús satisfizo sus preguntas. Cyrino habló de muchas personas que en Chipre desean ver a Jesús y se lamentaba de que dos de sus hijos, cuyas virtudes alabó, fuesen tan enemigos de los judíos. Jesús lo consoló sobre esto diciendo que sus dos hijos serían más tarde buenos trabajadores en la viña del Señor, cuando llegase el tiempo. Se llamaban, creo, Aristarco y Trófilo, y me parece que fueron más tarde discípulos del Señor o de los Apóstoles. Esta amable y tierna conversación se extendió hasta las horas de la mañana. He visto que Jesse tenía aquí, en cuevas excavadas, por la parte del sol, en la montaña del Tabor, unos recipientes donde se preparaban esencias olorosas de hierbas y otras sustancias semejantes. He visto que pasaban los líquidos de estos a otros recipientes más bajos y que se cambiaban a veces los unos con los otros.

XXX

Jesús se dirige a Gischala, lugar del nacimiento de Pablo

Desde Dabrath fué Jesús por la tarde con sus discípulos a los campos de Gischala, a tres horas al Noroeste y a una hora de Betulia. Al principio se encuentra el lugar, hacia el Este, llamado Japhia, y otro poblado hacia el Norte del Tabor. Gischala está sobre una altura, aunque más bajo que Betulia. Es una fortaleza con soldados romanos que debe pagar y mantener Herodes. Los judíos viven en otro lado, como a tres cuartos de hora. Gischala no tiene parecido con otras ciudades. Veo muchos sitios con cadenas amarradas a postes, como para sujetar caballos, y en torno de la ciudad hay torres con terrazas y muros donde podrían guerrear los soldados. Todo esto hace que parezca una ciudad rara. Junto a una de las torres está edificado el templo pagano. Los judíos vivían en su poblado en buenas relaciones con los paganos y los soldados romanos; se ocupaban de trabajos de cueros y aperos para los caballos y correajes para los soldados. En parte eran terratenientes y en parte mayordomos de los fértiles campos de estos lugares. Desde aquí hasta Cafarnaúm es la región más fértil de Genesaret. La fortaleza está en la altura y hay caminos amurallados que conducen hasta allá. La ciudad judía está abierta en la ladera de la montaña y delante hay un pozo que recibe el agua por canales. Junto a él se sentó Jesús con sus discípulos al llegar a la ciudad. Los habitantes de la ciudad judía celebraban en ese momento una fiesta. Chicos y grandes estaban en los jardines y praderas. Los niños de la ciudad pagana habían acudido y se mantenían algo apartados.

Cuando Jesús llegó junto al pozo, se adelantaron los príncipes del pueblo y los escribas y maestros; dieron la bienvenida a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies y les ofrecieron alimento. Jesús enseñó junto al pozo sobre la cosecha, en parábolas, pues estaban en la segunda cosecha de las uvas y de otras frutas. Luego Jesús se dirigió al lugar donde estaban los niños paganos, habló con sus madres, bendijo a las criaturas y sanó a algunos de ellos enfermos. Celebraban los judíos la conmemoración de su liberación de un hombre tirano, fundador de la secta de los saduceos, que había vivido unos doscientos años antes. He olvidado su nombre. Era un empleado del sanedrín de Jerusalén y estaba encargado de guardar y hacer guardar las

observancias no escritas en la ley. Había esclavizado a la gente con su excesivo rigor y enseñado que no había que esperar de Dios ninguna recompensa y que debían hacer todas las cosas como esclavos, por obligación. Era natural del lugar. Los habitantes lo recordaban con terror y festejaban el aniversario de su muerte. Había otro con él, un tal Sadoch de Samaría, que negaba la resurrección y propagó su doctrina y había sido discípulo de Antígono. También Sadoch tenía a un samaritano como ayudante.

Jesús se albergó en la casa del jefe de la sinagoga con sus discípulos y enseñó en el patio. Trajeron algunos enfermos, que sanó, entre ellos una mujer con flujo de sangre. El jefe de la sinagoga era un hombre bueno y sabio de veras. Las gentes tenían aversión a los fariseos y saduceos y se habían procurado ellos mismos a éste maestro. Lo habían hecho viajar por varios lugares hasta el Egipto. Jesús habló largamente con este hombre. Se vino a hablar de Juan y de su prisión. Alabó mucho al Bautista y preguntó a Jesús por qué Él, que tenía tanto poder y era tan sabio, como era evidente, no formaba un partido para librar a un hombre tan meritorio. En su enseñanza en el patio habló Jesús a sus discípulos algunas palabras proféticas sobre Gischala. Tres celosos eran de Gischala: el primero, aquél de quien ahora los judíos se alegraban de su muerte y desaparición; otro, que debía venir y que causaría mucho daño, levantando rebelión en Galilea (Juan de Gischala, que había hecho cosas detestables en Jerusalén, cuando era cercada por los enemigos), y el tercero, que ya vivía, y sería convertido de hijo de ira en apóstol de amor; sería propagador de la verdad y restablecería muchas cosas: es decir, Pablo, que había nacido aquí y cuyos padres pasaron más tarde a Tarso. Pablo predicó aquí, después de su conversión, con mucho celo, en su viaje a Jerusalén. Veo que la casa de sus padres existe aún y que está alquilada a otros. Está situada al final de Gischala, algo en las afueras. Hay allí casas desparramadas que llegan hasta Gischala. Sus padres deben haber tenido una fábrica de tejidos o hilandería. La casa la tiene ahora un oficial pagano llamado Achías, que la ha alquilado y vive allí mismo.

XXXI

Curación del hijo de un capitán pagano

No es para describirse la fertilidad de este lugar. Tiene ahora la segunda cosecha de uvas, frutas, hierbas aromáticas y algodón. Crece aquí un junco o caña, con hojas grandes abajo y más pequeñas arriba, de la cual destila gota a gota un líquido como azúcar. Los árboles de los cuales nacen frutos que llaman manzanas de los patriarcas, porque ellos lo han traído de países cálidos de Oriente, crecen aquí muy bien. Los troncos los suelen juntar a las paredes para que protejan y cubran las mismas como enredaderas, aun cuando el árbol se forma bastante grueso. Hay mucho algodón, campos enteros de hierbas aromáticas y esa planta de la cual se hace el óleo de nardo. Veo higueras, olivares, viñedos y multitud de melones cubren vastas extensiones de campo. En los caminos hay palmeras, datileros. Grandes cantidades de animales pastorean en las hermosas praderas. Veo también grandes árboles con gruesas nueces, cuya madera es resistente y fuerte. Cuando Jesús caminaba por los campos y praderas, donde había personas, se fueron reuniendo otras en torno de Jesús, que les enseñaba con parábolas tomadas de las faenas camperas. Los niños de los paganos se mezclaban bastante con los judíos en los campos de cosecha, aunque estaban vestidos algo diferentes.

En la casa natal de Pablo vive ahora el jefe de la guarnición militar romana. Se llama Achías y tiene un hijo enfermo de siete años, a quien puso el nombre del héroe Jefté. Achías era un hombre bueno, que deseaba ser ayudado por Jesús, pero ninguno quería encargarse de presentarlo a Jesús.

Los discípulos estaban, parte con Jesús, y parte desparrramados entre los cosechadores, a los cuales contaban cosas de Jesús y les repetían sus enseñanzas. Otros habían ido a Cafarnaúm, como mensajeros, y a otras regiones. Los habitantes no amaban a este jefe, porque vivía muy cerca de ellos y hubieran deseado que estuviera más lejos. No eran muy complacientes, ni aún con Jesús se mostraron amables. Hacían su trabajo, oían su enseñanza, pero no demostraban particular interés en ella. El jefe se decidió entonces él mismo de acercarse a Jesús, aún cuando fuera de lejos. Cuando Jesús acertó a acercarse a él, el hombre se inclinó y dijo: "Maestro, no desprecies a tu siervo. Compadécete de mi pobre hijito que está aquí en casa enfermo".

Jesús le dijo: "Es conveniente dar primero el pan a los hijos de la casa, antes que partírselo a los extraños". Achías replicó: "Señor, yo creo que Tú eres el enviado de Dios y el cumplimiento de la promesa. Yo creo que Tú puedes ayudarme, y sabes hacerlo, puesto que Tú has dicho que los que creen esto no son extraños sino hijos. Compadécete, Señor, de mi hijito". Jesús entonces respondió: "Tu fe te ha salvado". Diciendo esto se encaminó a la casa de Pablo, donde vivía Achías. Era una casa mejor puesta que las comunes de los judíos aunque con las mismas dependencias. Delante había un vestíbulo, luego una sala grande y a muchos lados piezas para dormir separadas por divisiones; después se llegaba al hogar. En medio de la casa y en derredor había salas grandes con bancos de piedra, contra la pared con tapetes y alfombras. Las ventanas eran altas.

Achías llevó a Jesús al centro de la casa y los criados trajeron al niño en su camilla, delante de Jesús. La mujer de Achías, cubierta con el velo, estaba a cierta distancia, llena de ansiedad y temor reverencial. Achías estaba alegre y llamó a todos los de su casa, que estaban a cierta distancia, curiosos por ver lo que sucedería. El niño era una hermosa criatura de unos seis años, vestido de camisón de lana y tenía al cuello una piel que se cruzaba delante del pecho. Estaba mudo y baldado, aunque miraba con ojos inteligentes y lleno de bondad a Jesús. Jesús habló a los padres del llamamiento de los paganos, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la entrada en la casa del Padre por medio del bautismo. Luego oró, tomó al niño en sus brazos, lo estrechó contra su pecho, se inclinó hacia él, tocó con sus dedos la lengua; luego lo puso en tierra y lo llevó a su padre quien, junto con la madre, temblando de emoción, le salió al encuentro, abrazándolo con abundantes lágrimas de contento y gratitud. El niño abrió los brazos para abrazar a sus padres y dijo: "¡Ah, padre! ¡Ah, madre!... Ya puedo caminar... puedo hablar de nuevo". Jesús les dijo: "Tomad al niño. Vosotros no sabéis qué tesoro se os ha dado. Hoy os es dado y más tarde se os será pedido".

Los parientes trajeron de nuevo al niño ante Jesús y se echaron a sus pies, dando gracias con lágrimas en los ojos. Jesús bendijo al niño y habló amablemente con él. El jefe pidió a Jesús entrase con él a una pieza y se dignase tomar algún refresco, cosa que hizo con sus discípulos. De pie comieron panes, miel, frutas y bebieron. Jesús habló con Achías y le dijo se fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que allí se podía

poner en relación con Zerobabel; cosa que hizo más tarde con todos los suyos. El niño Jefe fué más tarde un celoso discípulo del apóstol Tomás. Estos soldados fueron más tarde los que guardaron el orden durante la crucifixión de Jesucristo. En aquella ocasión se los empleó como policía para mantener el orden. Jesús salió de la casa de Achías y habló a los discípulos acerca del niño, diciendo que llevaría mucho fruto y que de esta misma casa había salido uno (Saulo) que un día haría grandes cosas para el reino de Dios.

XXXII

Primera conversión de Magdalena

Desde Gischala no fué Jesús a la vecina Betulia, sino que dejando esta ciudad a la izquierda, entró en el valle y las praderas en dirección de la ciudad Gabara, al Oeste de la montaña del mismo nombre, mientras que por la parte Sudeste se esconde la pequeña población de Jotapata, que es un nido de herodianos. Jotapata dista una hora de Gabara, si se camina en torno de la montaña. Esta montaña, a la cual llevan unos peldaños cavados en la roca, se levanta como un muro detrás de Gabara. Los habitantes trabajan la lana que es como seda: fabrican mantas, colchas, y una especie de colchón que, extendido por los extremos, sirve de cama. Veo que conservan pescados en sal, que luego envían a lugares más lejanos. Desde Gischala había mandado Jesús a algunos discípulos para anunciar en los alrededores que tendría una gran predicación sobre la montaña de Gabara. De los contornos salen grandes muchedumbres que se dirigen a la montaña para oír la enseñanza. Arriba hay un lugar cercado con una cátedra que hace tiempo no se usa. Habían llegado a Gabara los discípulos Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Natanael Chased y los demás discípulos, otros discípulos del Bautista y los hijos de la hermana mayor de María. En total veo como sesenta, entre discípulos, amigos y parientes de Jesús. Los discípulos más íntimos fueron recibidos por Jesús tomándoles de ambas manos y acercando su cabeza a las mejillas. Vinieron grupos de paganos de Cydessa, a una hora de la cercana Damna; de Adama y de la región del lago Merom. Todos traían víveres y enfermos de todas clases. La ciudad de Cydessa es un centro de paganos de la región de Zabulón, dada en galardón por Alejandro Magno a un hombre

de Tiro llamado Livias. Este la reedificó y trajo a muchos de los habitantes de Tiro que se establecieron allí. Los primeros paganos que acudieron al bautismo de Juan fueron los de Cydessa. La ciudad es hermosa y está situada en un valle muy fértil.

Magdalena está en camino hacia Gabara, para oír a Jesús. Marta y Ana Cleofás habían salido de Damna, donde las santas mujeres tenían un albergue, y habían ido a casa de Magdalena para invitarla a oír la predicación de Jesús en la montaña de Gabara. La Verónica, Juana Chusa, Dina y la Sufanitis permanecieron entretanto en Damna, a tres horas de Cafarnaúm y a una hora de Magdalum. Magdalena recibió bien a su hermana y la llevó a una pieza, no lejos de la de sus adornos y afeites. Había en Magdalena una mezcla de vergüenza verdadera y falsa. En parte se avergonzaba de su hermana, vestida sencillamente, tan piadosa y recogida, que andaba en medio de la gente despreciable que rodeaba a Jesús, y en parte se avergonzaba de meter a su hermana en esos cuartos, lugares de sus pecados y de sus locos devaneos. Magdalena ya estaba algo decaída de ánimo; sólo que no tenía aún fuerza para romper con su mala vida. Estaba pálida y demacrada. El hombre con quien ahora vivía le molestaba y era de carácter ordinario.

Marta la trató con cariño y con prudencia. Le dijo: “Dina y María Sufanitis, que tú conoces, dos mujeres amables y dignas de consideración, te invitan a escuchar la enseñanza de Jesús en la montaña. Es bastante cerca y ellas quisieran ir en tu compañía. No tendrás que avergonzarte delante del pueblo: son personas distinguidas, bien vestidas y tienen modales nobles. Es un espectáculo maravilloso: la multitud de gente que se reúne allí, la poderosa palabra del Profeta, la curación de los enfermos, como podrás ver, y la osadía con que reprende a los fariseos. Verónica, María Chusa y María, la Madre de Jesús, que te quieren bien, todas estamos seguras que nos darás las gracias de haber aceptado nuestra invitación. Creo que esto te servirá de distracción. Parece que estás aquí, como abandonada: te falta quien comprenda y estime tu corazón y tu talento. ¡Si quisieras estar un tiempo con nosotras, en Betania!... ¡Nosotras oímos tantas cosas hermosas y tenemos tantas cosas que hacer, y tú siempre estuviste llena de amor y de compasión por los demás! A Damna tienes que venir, porque sólo estamos mujeres en el albergue de allí. Tú puedes tener tu cuarto aparte y hablar con las que te agraden y conoces”.

En estos términos habló Marta con su hermana, evitando todo lo que pudiera herir su amor propio. Magdalena estaba triste, hizo leves objeciones, y al fin prometió que iría a Damna. Magdalena comió con Marta y fué varias veces a la pieza de Marta por la tarde. Marta y Ana Cleofás rezaron para que el Señor hiciera fructuosa esta ida de Magdalena a la montaña de la predicación de Jesús. Unos días antes había estado Santiago el Mayor con Magdalena, lleno de compasión, para invitarla a oír a Jesús en Gabara. Magdalena lo recibió en un edificio aparte. Santiago era de simpática presencia, hablaba seria aunque amablemente, causando de este modo en Magdalena agradable impresión. Le dijo que la visitara todas las veces que estuviese por los contornos. Santiago habló con Magdalena, no en forma de reproche, sino con delicada atención, amigablemente y la invitó a oír la palabra y predicación de Jesús: que no era posible oír ni ver cosas más maravillosas que las de Jesús; que no se dejase estorbar por los demás oyentes y concurriese con los vestidos que deseaba, como era su costumbre. Magdalena había aceptado esta invitación de Santiago. Sin embargo, se manifestó retraída cuando Marta y Ana Cleofás vinieron a hablarle de lo mismo.

La víspera de la anunciada predicación fué Magdalena, en compañía de Marta y de Ana Cleofás, a Damna, adonde estaban las santas mujeres. Magdalena estaba sentada sobre un asno, porque no acostumbraba andar a pie. Estaba vestida con elegancia, pero no tanto como la segunda vez que fué. En el albergue tomó una pieza aparte y habló sólo con Dina y la Sufanitis, que se turnaban en la conversación. La he visto muy amiga y llena de confianza con estas mujeres. Las convertidas tenían, sin embargo, un modo, como si dos amigos, de los cuales uno se hubiese hecho sacerdote, se encuentran después de mucho tiempo. Este retraimiento terminó en lágrimas y en palabras de compasión de unas a otras, y así se dirigieron al pie de la montaña, a un albergue. Las otras mujeres no fueron a esta predicación para no molestar a Magdalena. Habían llegado a Damna deseando que Jesús viniese hacia ellas y no fuese a Cafarnaúm, donde los fariseos se habían reunido de nuevo en conciliábulo. Vivían en la misma casa. Pensaban permanecer aquí por ser Cafarnaúm un punto medio de los viajes de Jesús. El joven fariseo de Samaría, que estuvo aquí la última vez, no está con ellos: otro ocupa su lugar. También en Nazaret y en otros lugares se habían conjurado los fariseos. Las santas mujeres, en especial María Santísima, estaban muy preocupadas, pues los

fariseos habían hecho amenazas públicamente. Ellas habían mandado un mensajero pidiendo a Jesús viniese a Damna después de su predicación, y no fuese a Cafarnaúm; que fuera mejor a derecha o a izquierda, o al otro lado del lago, a las ciudades de los paganos, para evitar el peligro que le amenazaba. Jesús le contestó que no tuviesen cuidado de Él, que sabía lo que tenía que hacer para cumplir su misión y que iría a Cafarnaúm.

XXXIII

La predicación de Jesús en la montaña de Gabara

Magdalena y sus acompañantes habían llegado a tiempo a la montaña. Había ya muchísima gente reunida. Enfermos de todas clases estaban colocados, según la clase de sus dolencias, en diversos parajes, bajo tiendas o techos de paja. Los discípulos que estaban arriba ayudaban a la gente enferma. En el lugar de la enseñanza había un semicírculo amurallado y sobre él una techumbre. También muchos de los oyentes habían levantado tiendas. Magdalena había tomado un lugar cómodo entre las demás mujeres, a cierta distancia, en una altura. Jesús llegó con sus discípulos hacia las diez, en la parte alta. Los fariseos y herodianos llegaron después. Jesús fué a la cátedra y los discípulos se pusieron a un lado, en torno, y los fariseos del otro lado. Durante la enseñanza se hicieron varias pausas en las cuales se cambiaban los oyentes: los que estaban detrás pasaban más adelante. Jesús repitió algunas veces las enseñanzas. Durante esas pausas los oyentes tomaban algún alimento. También Jesús tomó una vez alimento y bebida.

La enseñanza fué una de las más enérgicas que he oído. Antes que orase dijo que no se escandalizaran si llamaba a Dios su Padre, puesto que el que hace la voluntad de Dios, ése es hijo de Dios, y les probó que Él hacía la voluntad de su Padre. Después de esto oró a su Padre, en voz alta, y comenzó la predicación más severa, al modo de los antiguos profetas. Todo lo que había sucedido antes de la primera promesa, todos los hechos figurativos y amenazas fueron objeto de su predicación, y mostró cómo ahora se cumplían y en un próximo futuro. Demostró la venida del Mesías por el cumplimiento de las profecías. Habló de Juan, su precursor y anunciador, que había preparado los caminos, y cómo, sin embargo, ellos habían permanecido obstinados. Les reprendió todos sus vicios, su hipocrecía,

su idolatría con las pasiones de la carne; reprendió a los fariseos y saduceos con mucha severidad. Habló con mucho celo de la próxima ira de Dios y del cercano juicio, de la destrucción de Jerusalén y del templo y de las calamidades que iban a caer sobre el pueblo. Habló mucho del profeta Malaquías y explicó sus profecías; del Bautista y precursor; del Mesías, de un nuevo sacrificio puro, consistente en comida, que yo entendí de la Misa y Eucaristía; habló del juicio sobre los incrédulos, y de la venida del Mesías en el último día y de los motivos de alegría y consuelo para los que temen a Dios. Les dijo que la gracia pasaría de ellos a los paganos. Luego habló a los discípulos, exhortándolos a la perseverancia y les dijo que quería enviarlos a todas partes para predicar la salud. Les dijo claramente que no se atuviesen a los fariseos ni a los saduceos ni a los herodianos, a los cuales calificó severamente, y comparó, y describió con sus vicios, y los señaló con el dedo. Esto los irritó más aún, pues nadie quería ser llamado herodiano públicamente: pertenecían a esta secta secretamente, y Jesús los señaló con el dedo a los oyentes.

Como dijera Jesús en esta predicación que si no recibían la salud les pasaría algo peor que a las ciudades de Sodoma y Górra, se adelantaron los fariseos, en una de las pausas a Jesús, y le preguntaron si esa montaña, la ciudad y todo el país se hundiría con ellos, o habría algo peor aún. Jesús les dijo: "En Sodoma se hundieron todas las piedras, pero no todas las almas, puesto que no conocieron la salud, ni habían tenido la ley ni profetas". Habló de su bajada al infierno (limbo), según yo lo entendí, para librar a muchas de esas almas. Les dijo: "En cambio, a vosotros todo os ha sido dado, sois el pueblo elegido que Dios destinó a ser su pueblo, y habéis tenido el conocimiento, todos los avisos y veis el cumplimiento de las promesas. Si ahora despreciáis la salud y quedáis en la incredulidad, no serán las piedras y las montañas, que obedecen a su Creador, sino vuestros corazones de piedra, vuestras almas, hundidas en lo más profundo del abismo. Esto es mucho peor que lo acontecido a los de Sodoma".

Mientras Jesús, por una parte, exhortaba tan severamente a la penitencia y a la conversión, amenazando con los castigos de Dios, de pronto se enternecía, y lleno de bondad invitaba a los pecadores a venir a Él, y hasta derramó lágrimas de compasión. Oró para que su Padre moviera los corazones, para que, a lo menos, viniera una casa, una persona, aunque estuviese cargada con toda clase de culpas. Si sólo salvaba un alma, quería

partir todo con ella, darlo todo por esa alma y hasta pagar con su propia vida el precio de su salvación. Abrió de pronto sus brazos a todos y dijo: "Venid todos a mí, los que estáis cansados y cargados; venid a mí, pecadores; haced penitencia, creed y partid el reino conmigo". También hacia los fariseos extendió sus brazos.

XXXIV

Sentimientos de la Magdalena

Magdalena estaba al principio sentada entre las mujeres, como segura de sí misma, como una dama entre otras de menor cuantía; pero internamente estaba avergonzada y conmovida. Al principio curioseaba en torno de ella la muchedumbre, pero cuando apareció Jesús entre la turba y comenzó a hablar, toda su atención y su mirada se concentró en Él. Se conmovió profundamente cuando Jesús habló de la necesidad de la penitencia, de los pecados, de las amenazas de castigo. No pudo contenerse, se agitó y comenzó a llorar bajo su velo. Cuando después Jesús se volvió bondadosamente a los pecadores y les suplicó que fuesen a Él, muchas personas estaban conmovidas, y se notó un movimiento entre las turbas, y se acercaron todos a Él. También Magdalena y las mujeres, siguiendo su invitación, se acercaron más a Él. Cuando Jesús dijo: "¡Ah, si sólo un alma se acercara a Mí!..." se conmovió tanto Magdalena, que estuvo a punto de ir hacia Él. Dió un paso adelante, pero las otras la detuvieron para no causar molestia, y dijeron: "Después, después..." Este movimiento no fué notado mucho por los otros, porque todos estaban con los ojos fijos en Jesús. Jesús, en cambio, que sabía lo que sucedía con Magdalena, añadió en seguida, con bondad, diciendo: "Si sólo una chispa de penitencia, de arrepentimiento, de amor, de fe, de esperanza hubiese caído por mi predicación en un corazón, que haga fruto, que sea provechoso, para que se acreciente y se avive: Yo quiero cuidarlo, hacerlo crecer, para llevarlo a mi Padre". Estas palabras tranquilizaron a Magdalena, se sintió penetrada y volvió a sentarse con las otras mujeres.

Habían pasado las horas, ya eran las seis de la tarde y el sol estaba por caer detrás de las montañas. Jesús miraba durante su predicación hacia el Occidente, porque en esa dirección estaba la cátedra; detrás no había oyentes. Jesús oró de nuevo,

y bendijo y despidió a las turbas. A los discípulos les dijo que comprasen alimentos y diesen a los necesitados; encargó que los que tenían de sobra lo cediesen por ruego o por compra a los demás y a los pobres y aún para llevar a sus casas. Parte de los discípulos se ocupó inmediatamente en esta tarea. Los más dieron de buena gana y otros vendieron gustosos. Los discípulos eran conocidos en la región: de este modo fueron los pobres bien provistos y dieron gracias a la bondad del Señor. Los otros discípulos fueron entretanto con Jesús adonde había muchos enfermos llevados hasta arriba. Los fariseos volvieron a Gabara irritados, conmovidos, admirados y llenos de resentimiento. Simón Zabulón, el jefe, recordó a Jesús que lo había invitado a comer en su casa. Jesús le dijo que iría. De este modo bajaron de la montaña, mientras unos a otros se decían palabras de crítica, de reproches a Jesús, a su enseñanza, para disimular la conmoción que habían sentido durante la predicación de Jesús; y así llegados a la ciudad, volvieron a ser los mismos de siempre, confiados en su propia suficiencia y justicia.

Magdalena, en cambio, siguió con las mujeres a Jesús y se puso entre las enfermas, como si quisiera ayudarlas. Estaba muy conmovida y la vista de tanta miseria, la perturbó más aún. Jesús estuvo largo tiempo ocupado con los hombres, sanando a los enfermos. Era hermoso oír el canto de acción de gracias de los que partían de allí contentos, con la salud recuperada, y los de sus allegados.

Cuando Jesús llegó adonde estaban las enfermas, fueron alejadas algo Magdalena y las mujeres por la multitud, que avanzaba, y por los discípulos que tenían que ayudar. La Magdalena buscaba cada ocasión oportuna para acercarse a Jesús, pero siempre en vano, pues Él se apartaba por un motivo o por otro. Jesús curó también a algunas con flujo de sangre. Pero fué muy doloroso el cuadro que se presentó a Magdalena y a la Sufanitis, y se le llenó el corazón de gratitud al Señor al ver que traían a seis mujeres, atadas de tres en tres, y llevadas por doncellas fuertes, con largas telas y correas delante de Jesús. Estaban poseídas por demonios impuros que las atormentaban cruelmente. Eran las primeras mujeres endemoniadas que he visto traer públicamente delante de Jesús. Habían sido traídas algunas del otro lado del lago, otras de Samaría y de Genesaret y algunas eran paganas. Las habían atado para poder traerlas. A veces estaban quietas y silenciosas, y no se dañaban entre sí; otras veces se ponían furiosas y gritaban y

eran arrojadas de un lado a otro. Estuvieron atadas y apartadas durante la predicación de Jesús, y ahora eran llevadas delante del Señor. Cuando vieron a Jesús y a sus discípulos, hicieron fuerte resistencia, y Satanás las agitaba furiosamente. Gritaban de modo espantoso y retorciéndose. Jesús se dirigió a ellas y les mandó callar y estarse sosegadas, y ellas se aquietaron. Luego se acercó a ellas, mandó desatarlas, les dijo que se hincaran, rezó y puso sus manos sobre ellas, y ellas cayeron como en un breve desmayo. El mal espíritu salió de ellas como un vapor oscuro, y los parientes se acercaron entonces y las levantaron. Así estuvieron entonces con su velo delante del Señor, se inclinaron hasta el suelo y dieron gracias. Jesús las exhortó a la conversión, a la penitencia y a purificarse, para que el mal no volviese a ellas en peor forma aún.

XXXV

Comida en casa de Simón Zabulón

Anocheecía cuando Jesús y sus discípulos bajaron de la montaña y se dirigieron a Gabara, mientras mucha gente iba delante y otros los seguían detrás en la misma dirección. Magdalena, sin preocuparse de lo que otros podrían pensar, seguía de cerca a Jesús entre los discípulos y las mujeres. Buscaba la ocasión de estar cerca de Jesús. Como esto no les pareció bien a las mujeres, algunas lo advirtieron a un discípulo para que lo dijera a Jesús. Él contestó: "Dejadla andar, esto no os pertenece". De este modo llegaron a la ciudad y cuando Jesús iba a entrar en la casa de Zabulón, vió que estaba el lugar lleno de enfermos y de pobres que pedían ayuda. Se volvió a ellos, los consoló y los sanó. Mientras tanto llegaba Simón con otros fariseos y le dijo que dejase ese trabajo y entrase a la sala de la comida, que ya le esperaban, que ya había trabajado bastante hoy; que aguardase otro día. Quiso echar de allí a los pobres, pero Jesús le replicó: "Éstos son mis convidados", a quien Él había invitado y quería servir primero; ya que él había invitado a comer, había invitado también a ellos; y que por eso iría a la mesa sólo cuando los pobres hubiesen sido servidos. Tuvieron los fariseos que levantarse y mandar traer más mesas para los curados y para los pobres, a quienes acomodaron en el patio. Jesús sanó todavía a algunos enfermos y los discípulos llevaron a la mesa a aquéllos

que quisieron quedarse. Se encendieron allí las lámparas y se les sirvió en las mesas.

Magdalena y las mujeres habían seguido a Jesús hasta aquí y en los pórticos del patio se encontraron con las demás. Jesús vino más tarde con los suyos a la mesa. De los alimentos mejores mandaba parte a los pobres por medio de los discípulos, que les servían y comían con ellos. Jesús enseñaba durante la comida y los fariseos se trabaron en reñida disputa con Él. En este momento la Magdalena, que se había acercado con sus compañeras hasta las mesas, con la cabeza cubierta con el velo, y teniendo en la mano un vaso pequeño y blanco de hierbas aromáticas, se adelantó con pasos rápidos a la mitad de la sala por detrás de Jesús, y derramó el contenido del frasco sobre su cabeza, y con el velo largo, tomándolo con las manos, esparció sobre la cabeza de Jesús el perfume, secando lo superfluo con el velo. Cumplido velozmente este oficio, se retiró la Magdalena, mientras la acalorada disputa quedó interrumpida. Todos quedaron silenciosos, mirando, ya a Jesús, ya a la Magdalena, mientras el aroma del bálsamo llenaba la sala. Jesús permaneció en silencio. Muchos de los comensales se acercaban sus cabezas, miraban irritados a Magdalena y a Jesús, mientras se hablaban en voz baja. Simón Zabulón, especialmente, estaba alterado. Jesús, al fin, dijo a Simón: “Ya sé, Simón, lo que estás pensando. Estás pensando que no es conveniente que Yo me deje perfumar la cabeza ni tocar por esta mujer. Tú piensas: ésta es una pecadora. Pero no tienes razón en esto, pues ella ha hecho esto por amor, cosa que tú has dejado de hacer, puesto que tú no has hecho conmigo lo que se acostumbra hacer con los invitados”. Dicho esto, se volvió a la Magdalena y le dijo: “Vete en paz; mucho te es perdonado”. Sólo entonces volvió Magdalena adonde estaban las otras mujeres, y salieron de allí. Jesús siguió hablando de ella a los comensales y la llamó buena mujer, que tiene mucha compasión, y habló del juzgar a los demás y de reprender los pecados conocidos de otros, mientras se ocultan los muchos más grandes pecados en el corazón. En esta forma enseñó por mucho tiempo. Finalmente salió con los suyos y se dirigió al albergue.

XXXVI

Magdalena recae en su vida desordenada

Magdalena estaba conmovida y consternada de todo lo que había visto y oído: porque había en ella cierto sentimiento de entrega y de admiración hacia Jesús quiso honrarle y mostrarle sus sentimientos. Había visto que los fariseos no le habían honrado al recibirle, ni habían dado señales de cortesía en la mesa ni durante la comida a ese Maestro, que ella creía ahora el más admirable, el más santo, el más amable y el más portentoso de los maestros; y así quiso ella hacer por todos lo que no habían hecho los fariseos. Las palabras de Jesús: "Aún cuando uno sólo viniese", no las había olvidado. El pote era pequeño, del tamaño de una mano, que llevaban las damas distinguidas de esta región. Tenía un vestido blanco, con flores grandes coloradas, y pequeñas hojas bordadas, amplias mangas con brazaletes y por la espalda más abierto colgaba hasta abajo. Delante parecía abierto y sobre las rodillas cerrado con cueros o cintas. El pecho y la espalda los cubrían otras telas con adornos, como una especie de escapulario cerrado por los lados. Debajo llevaba otro vestido más oscuro. Tenía ese momento el velo extendido sobre el vestido. La estatura de Magdalena era mayor que la de las otras mujeres, esbelta y ágil; los dedos delgados y hermosos, y pies pequeños y delicados, sobre los cuales se movía con gracia. Sus cabellos eran abundantes y hermosos.

Cuando Magdalena volvió al albergue con sus acompañantes, fué acompañada durante un trecho de una hora por su hermana Marta hacia el estanque de Betulia, donde María la esperaba con las otras mujeres. Allí habló María con la Magdalena. Ésta le contó muchas cosas de la enseñanza que había escuchado de Jesús. De la unción y de las palabras que dijo Jesús hablaron las demás mujeres. Todas rogaban a Magdalena se quedase desde ya con ellas, o por lo menos fuera con ellas por algún tiempo a Betania. Pero Magdalena replicó que debía primero ir a Magdalum para poner sus cosas en orden. Esto disgustó a todos. Por su parte, Magdalena no cesaba de hablar de la mansedumbre, de la grandeza, de la fuerza y de los prodigios que había visto en Jesús; añadió que ella debía seguir a Jesús; que su vida hasta el presente no era vida, y que pronto iría con ellas. Se puso muy pensativa, lloró y se sintió aliviada en su tristeza; pero no se dejó persuadir y volvió a Magdalum con su

criada. Marta la acompañó un trecho de camino y se juntó luego con las otras mujeres, las cuales volvieron a Cafarnaúm. Magdalena es más alta y más hermosa que las demás. Dina, en cambio, es más activa, servicial y amigable, y ayuda en todas partes; es humilde como una criada y muy amable. Pero a todas sobrepuja María, la Madre de Jesús, en hermosura y dignidad. Aunque su rostro puede tener parecido con la belleza de otras mujeres, y que la Magdalena puede llamar más la atención por su aspecto; pero del rostro y figura de la Virgen se desprende una sencillez, seriedad, bondad y paz que no hay iguales en otra persona. Es tan pura y sin ninguna afectación o complicación, que sólo ella es la verdadera imagen de su Hijo Divino. Ninguna criatura la iguala: sólo su Divino Hijo. Su aspecto y su persona están llenos de pureza, inocencia, seriedad, compostura, paz y atrayente amabilidad. Es digna, a pesar de su extrema sencillez. La veo silenciosa, seria y a veces triste, pero nunca con exceso y aun cuando derrama lágrimas, su aspecto es tranquilo y atrayente.

Magdalena pronto recayó en su mala vida anterior. Recibió la visita de hombres que hablaban de Jesús con desprecio, de sus correrías, de su enseñanza y de los que le seguían como discípulos. Se reían de lo que se sabía de Magdalena, que había estado en Gabara: no podían creerlo. Por lo demás, encontraban a Magdalena más hermosa y atrayente que otras veces. Con estas lisonjas y ocasiones cayó Magdalena más profundamente que antes. Por esta recaída adquirió el demonio mayor dominio sobre ella: le presentó tentaciones más vehementes porque temía perderla para siempre. Al fin se puso también endemoniada y frecuentemente tenía convulsiones y espasmos causados por su estado de posesión diabólica.